

www.laquincena.mx \$50.00



**Eligio Coronado
González
(1948-2023)**

CHIVA 2023

Próximamente
en un solo sitio...



La

Q

Cartón de Chava



Q

Director
Luis Lauro Garza

Gerente
Elisa Marroquín

Arte y diseño
Martín Ábrego Parra

Fotografía
Rogelio (Foko) Ojeda

Ilustraciones
Salvador (Chava) González

Asesor legal
Luis Frias Teneyuque (+)

3 Ilustración de Chava

4 Índice

6 Promotor incansable del afán escritural

Luis Lauro Garza

8 Esta mañana

Patricia Laborde

9 Último taller

Malena Múzquiz

10 Un gigante en mangas de camisa

Margarito Cuéllar



12 Mi compadre Eligio y las hormigas

Roberto Cruz



14 El jardinero y sus macetas

Roberto Maldonado Espejo

15 Fuera de tiempo

Romualdo Gallegos

16 La escuela de Eligio

Isaac Gasca Mata



18 El profe

Elia Martínez Rodarte

19 Eligió ser un maestro antologador

Luis Valdez

20 Un gran promotor

Nohé Portes

22 Farewell, hombre de la dicha perenne

Mikhail Carbajal

23 Programa Tiempo Literario

Claudia Alanís

24 Se eclipsó la escena cultural

Benito Rosales

25 Con los pies en la tierra y las alas al vuelo

Irma Elvira Tamez

26 Querido Eligio

Jesús Garza Morúa

28 Concurso horrorífico

Juan Francisco Benítez

29 Dulces recuerdos de Coronado

Rafael Cárdenas y Carmelita Benítez

30 Carta sobre Eligio

Iván Gloria

31 Recordado desde la literatura

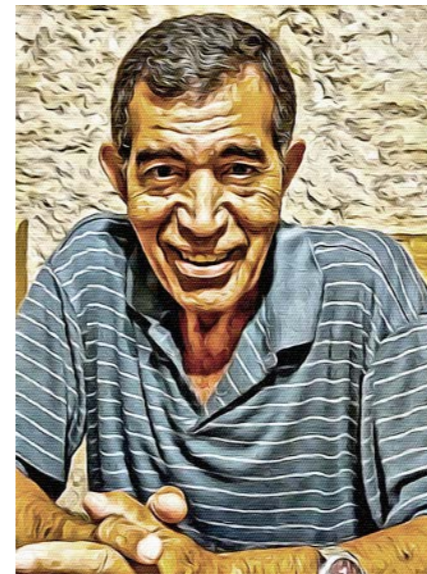
Moisés Ayala

32 En el Monstera, su última guarida



34 El señor de la playera a rayas

Edilia Torres



36 Eligio eligió

Tomás Corona

38 Los Sagitario se van de golpe y porrazo

Adriana Flores Tanguma

39 Nunca dejen de escribir

Antonio Sánchez R.

40 Nos enseñó a amar las letras

José Luis Bautista Gómez

41 Solitario héroe cultural en territorio de carne asada

David Ricardo



42 "Es tiempo de leer a..."

Nancy Tamez

43 ¡Hasta siempre!

Mary Guerra

44 Al Maestro con cariño

Sonia Mayllend

45 El caballero de Las Letras

Ricardo Díaz

Todavía resuenan su palabras en nuestros corazones

Mario Garza Elizondo

46 Lo alcanzó la muerte trabajando

Adriana Patricia Sepúlveda



47 Se solicita bibliotecario urbano

Jaime Palacios

Para salvarnos de tu ausencia

Guillermo Berrones

48 Una sola copa por Eligio, es imposible...

Arturo Mariño

A quien corresponda

Ana Sáenz

49 Muy agradecida con él

Martha Cruz

¿Cómo lo conocí?

Julio César Méndez

50 Homenaje

René Rojas

Guardián de las letras

Eli Sandat

51 Ejemplo de tenacidad

Claudia Mahuad

¿Qué mató a Eligio?

Aidé Cavazos González

52 Espíritu literario

Ramona Torres

Su bonhomía y carisma

Federico Ortiz-Moreno

53 Portadas de libro

Delfos Moyano

54 Despedida

Delfos Moyano

56 Poemas del Maestro

Maricela Gámez Elizondo (Maga)

58 Collage de Fotos

62 Última colaboración de Eligio en 15diario.com

Homenaje a Eligio en 15diario TV (La Q).

Promotor incansable del afán escritural

La sorpresiva muerte se apoderó de él la noche de un viernes caluroso de junio. Solitario en oficina solidaria, quizá afinaba detalles del evento programado para el día siguiente. El caso es que un infarto interrumpió sus signos vitales, y apenas unas cuantas horas más, sus amigos nos preguntábamos qué había pasado, por qué, si su salud y su ánimo se mantenían vigentes a sus 75 años.

A Eligio Coronado lo recuerdo como el hemerotecario que nos proporcionaba, a finales de los años setenta, los periódicos a consultar, siempre con agradecible diligencia, en la desaparecida Biblioteca Universitaria ¿Alfonso Reyes?, ubicada entonces en los bajos de 5 de Mayo, acera norte, entre Zaragoza y Zuazua (luego de la Macroplaza, ese acervo, en especial el de la hemeroteca, se trasladó a una sección de la Capilla Alfonsina, en Ciudad Universitaria, dependencia donde Eligio alcanzó su jubilación). Y es por entonces que aparece repartiendo, en facultades como Filosofía y Letras, su memorable díptico de *La Hormiga Herrante*. Ya luego vendrían sus libros de poesía y su obra capital: *Antología de la poesía nuevoleonesa*.

Su laboriosidad, de hormiga que deja huella, queda de manifiesto en su trabajo en equipo, junto con otros; una voluntad por lo colectivo que lo caracterizó desde entonces. Y si en nuestro entorno se privilegia lo material sobre lo espiritual, lo individual sobre lo colectivo, digamos que Eligio fue un discreto (pero firme) “renegado”, un “contracorriente”, un convencido de su profesión (antes que de su billetera); fiel a su oficio más íntimo: poeta-escritor. Y en ese propósito, se autoerigió en un promotor incansable del afán escritural regiomontano.

Cuántas generaciones vio pasar, de cerca y de lejos. Desde los que escribían “por amor al arte”, o “inspirados” por la musa. Hasta los que crecieron por su talento y dedicación, respaldados por becas y talleres, promociones editoriales y ferias del libro. El inevitable relevo generacional, con su constelación de “estrellas”, más propensas al mercantilismo de “su” marca. Que los otros sigan su camino –diría Eligio–, que lo mío es el magisterio y la promotoría cultural.

A nuestro homenajeado le encantaba tallerear en algún café, en especial en aquellos donde pudieran repetir (por el mismo precio) el deleite del aromático. Luego entonces, el desaparecido Vips de la calle Hidalgo fue su centro de operaciones por un buen tiempo. La dinámica seguida en estas sesiones, como lo narran algunos de los colaboradores en esta entrega, era la clásica: lectura previa de textos, procurando detectar fallas y aciertos. Y de ahí, en una especie de regla de tres simple, a la imprenta (obvio, estoy exagerando). El acompañamiento, en muchos casos, era permanente, y por ello se extendía a otros lugares, incluida la asesoría a distancia. (Un buen dato sería hacer un recuento de todos quienes pasaron por su taller y publicaron sus materiales. Tengo la impresión de que Coronado aplicaba –¿la conocería?– la máxima de la dialéctica, según la cual, la cantidad se transforma en calidad.)

El uso de las redes sociales, primero vía correo electrónico y luego adscrito al vínculo con sus contactos en Facebook, fue otra de las rutas exploradas por Eligio en su gestión cultural. Un día sí y el otro también, él nos madrugaba con novedades en el muro de FB, ya fuera con motivo de un evento, una reseña, o un cuestionario. No tengo idea de cuántas entrevistas realizó, pero al menos en *15diario* (nuestro medio hermanado) los últimos cinco años publicó en promedio tres por semana.

Su obra escrita es, tanto sistemática y dispersa, como juguetona, irreverente, experimental, de bote-pronto, y envuelta en una ternura grupal. Fue talento literario dispuesto a retransmitir conocimiento a nivel horizontal. Lo recordamos y reconocemos en ese empeño.

Agradezco finalmente a los 46 autores que, con amable disposición, y a toda velocidad (muchos de ellos en solo dos o tres días), entregaron su contribución a este homenaje a nuestro admirado amigo.

Luis Lauro Garza
Director de La Q

Esta mañana

A Eligio Coronado González (QEPD)

Apenas la tenue luz ardiendo
de este verano imperturbable
tocó mi rostro en la mañana,
en ti pensé, en los tiempos idos,
en esa enorme construcción que fuiste creando
solo / obstinado / constante / dignamente
con la palabra, tu armadura a prueba de aves de carroña
y tu corazón blando como pan recién horneado.

Muchos querrán entrar en ese templo
donde habitan los millones de letras que te envuelven
y vanagloriarse de haberte conocido
pero amigo mío, ya será muy tarde
la solidaridad es una moneda cara, muy cara,
que pocos se atreven a regalar a manos llenas
como tú solías hacerlo, dadivoso y envuelto en júbilo.

Deja que pase el tiempo
y tu estatura
irá creciendo poco a poco
mientras la semilla que sembraste en tantos
germinará hasta convertirse en frondoso árbol.

Patricia Laborde

Último taller

“Impenetrable aurora” aquella en que partiste;
las calles y los poetas aún dormíamos.
La madrugada se hizo cargo del inédito viaje
y tú, querido Eligio,
“con las manos extendidas hacia el cielo”
con saltona sonrisa, diste las gracias
por tu último “día azul”.
Se acostaron los sueños y la luna,
amanecimos
y ninguno de la tribu dábamos crédito
a tremenda noticia;
se nos quebraron las palabras,
los adioses y las cajitas de cristal
donde guardamos los versos.
El poema tendrá que escribirse de nuevo.
Y habrá un gracias, “una flor que cante”
y un hasta pronto, compañero.

Malena Múzquiz

Un gigante en mangas de camisa

Margarito Cuéllar

El periodismo universitario debió ser el vínculo para que Eligio Coronado y yo nos conociéramos en 1975. Yo estudiaba la prepa y él ya había concluido su carrera de periodismo y publicado un par de libros. Ambos colaboramos con cierta frecuencia en el periódico universitario, donde el maestro Héctor González animaba nuestros empeños literarios. Junto con Roberto Cruz Zúñiga, Paco Ruiz, Paty Laborde, Armando Ledezma y Jesús Mercado Aguilar decidimos formar en 1977 el Taller Literario Tinta Joven. Antes, en 1974, había surgido el primer taller literario de Nuevo León: Caligrama, conformado por estudiantes de Filosofía y Letras e integrado por Xavier Rodríguez Araiza, María Belmonte, Amando Colunga, Arturo Ortega, Mario Anteo y Rogelio Flores de la Luz.

Eligio y yo publicamos en el periódico *Universidad* un aviso para invitar cómplices al taller y fue como conocimos a los arriba mencionados. Eligio, generoso como siempre, me cedió a mí la estafeta de la coordinación del taller. En principio sesionamos en un cuartito que rentaba Eligio atrás de la Central de Autobuses, en la colonia Industrial. Luego mudamos a la casa de la familia de Paty, en la calle Garza Nieto, centro de Monterrey. Paty era secretaria; solo ella y Eligio tenían trabajo formal; Eligio en la Capilla Alfonsina y Paty en una oficina, toda bonita y elegante ella. Roberto, Paco Ruiz y yo estudiábamos periodismo en la Uanl; Jesús Mercado era obrero, y Armando Ledezma estaba también en Comunicación. Paco Ruiz dobleteaba, ya que estudiaba Sociología

también. Antes de *La Hormiga Herrante* sacamos una hoja literaria, *Aquí y Ahora*, en la Prepa 3. Como taller publicábamos una página completa en *Universidad* y pronto establecimos comunicación con escritores de nuestra generación (o mayores) que hacían su trabajo en Guadalajara, Morelia, Distrito Federal, Mexicali, Durango y Tamaulipas. Eligio era el más enterado de la historia de la literatura en Nuevo León; fue el enlace más visible en ese tiempo entre la generación de *Kátharsis* y *Apolodionis* y los que seguimos. Y aún más atrás. Publicaba por entregas monográficas y textos poéticos de poetas de Nuevo León, material que le sería de gran ayuda para la publicación, ya en los años 90, de su *Antología de la poesía nuevoleonesa*.

En los años 80 Eligio realiza una labor incansable; no solo se las sabía de todas todas en la Capilla Alfonsina, sino que nos conectó, a través de Arturo Ortega (integrante de *Caligrama* que migró al entonces Distrito Federal), con las revistas y suplementos de entonces. Piezas clave en ese momento fueron el chiapaneco Óscar Wong y el poeta español Juan Cervera. En esa época conocimos también a Gustavo Sáinz y a José Agustín, que escribían de una manera más irreverente. Y eso nos llamaba la atención. De tal forma que cuando Eligio lanza a principios de los 80 la famosa *Hormiga Herrante*, ya había formado un canal de distribución nacional con publicaciones similares. Así empezamos a destacar en el panorama local, y de vez en cuando poníamos un pie en *Cdemex*. Y así es como se fue dando una integración generacional. Eligio financiaba por

completo *La Hormiga Herrante*, durante los más de 30 números que salieron. La conexión de la *Hormiga* se amplió a España y a Centroamérica, la plana de colaboradores creció, y aunque era una publicación muy modesta, era una época, por así decirlo, en que estos esfuerzos independientes se convirtieron en la primera piedra de lo que vendría en los años 90.

De los bolsillo de Eligio salieron también los Cuadernos del Taller Literario Tinta Joven: *Del mural de las esquelas*, de Roberto Cruz Zúñiga, *Ángulo sol*, de Patricia Laborde y *Que el mar abra sus puertas para que entren los pájaros*, mi primer libro. Debió también salir un título del propio Eligio. Quedó a la espera *La gran toma de la nube*, de Francisco Ruiz Solís.

A principios de los 80 yo me había recluido en Tampico debido a una decepción amorosa. Mis compañeros del Taller Tinta Joven estaban atentos y sobre todo Eligio me escribía para que

ya le enviara el libro y me regresara a Monterrey a presentarlo. Y así se hizo. Horacio Salazar (Lacho) hizo el dibujo de la portada y la caricatura del autor; Eligio compró el papel y por medio de Humberto Salazar se imprimieron 500 ejemplares en la imprenta de Filosofía y Letras de la UANL.

Una madrugada de 1982 Eligio y yo nos fuimos a un restaurante de la calle Hidalgo, a esperar que comenzara a circular el periódico *El Norte* (eso pasaba regularmente a las 4:30 o cinco de la mañana). Cuando tuvimos un ejemplar de la nota del periódico con la información sobre la aparición del libro, era tanta la emoción que a Eligio se le salieron las lágrimas.

En ese mismo año dimos una lectura como taller en la cafetería de Bellas Artes y estrechamos vínculos con los suplementos y las revistas más importantes del país. Efraín Huerta publicó en *El Gallo Ilustrado*, suplemento de *El Día*, una nota sobre el trabajo del taller; y los

Cuadernos de Tinta Joven en su mayoría recibieron comentarios en los medios nacionales.

El Taller Literario Tinta Joven se desintegró y Eligio siguió adelante con su trabajo en la Capilla Alfonsina, publicando sus libros de poemas y cuentos y alentando siempre a las nuevas generaciones, para que no desviaran la ruta de la literatura.

Eligio siempre tuvo elogios para los jóvenes y siempre se preocupó por la historia literaria de Nuevo León. Lo menos que merece es una antología literaria con un estudio crítico, o bien la reunión total de sus poemas. Así como sus ensayos escogidos.

Veo en Eligio al hermano mayor que no escatimó esfuerzo para que sus compañeros y amigos siguiéramos subiendo la montaña. Lo recuerdo alto, robusto, de manos grandes y siempre dispuesto a apostar por los demás; y un tanto ruborizado cuando se hablaba de su obra.



Mi compadre Eligio y las hormigas

Roberto Cruz

Ciudad de México.- Las hormigas casi se le subían por el cuerpo. No es broma. En el mundillo literario de Monterrey a inicios de los 80, a Eligio Coronado lo visitaba al menos una vez al mes en el cuarto que rentaba, ubicado atrás de la Central de Autobuses, para decidir qué poemas publicar en el siguiente número de la *Hormiga Herrante*, hoja de poesía (principalmente), tamaño carta, impresa (no fotocopiada).

Daba la casualidad que en cada visita, Eligio exhalaba una especie de poder rodeado de libros –siempre leyendo uno–, sintiéndose patriarca de un reino de metáforas y ficción, acompañado de una botella de vino tinto, o un six pack de cerveza, así como de un inseparable frasco de crujientes cacahuates Planters. A este tipo, decía yo, un día se le van a subir las hormigas.

Y así fue. Durante casi tres años distribuimos en librerías nuestra hoja literaria. Anterior a ella existió otra publicación de igual formato llamada *Cerbatana*.

Efectivamente, como escribió Arnulfo Vigil un día después del deceso de Eligio, en junio, éste siempre pareció “un personaje del siglo pasado... distante de los núcleos literarios, espécimen solitario”.

Lo era, idéntico. Él mismo fue un personaje de una novela o de un poema que nunca podría haber escrito, porque no se veía a sí mismo. Y quizá por eso, esa falta de “espejarse” le impedía traspasar en sus poemas hacia una etapa más abierta, pero íntima a la vez.

Nuestra amistad nos daba la confianza de ser sinceros mutuamente respecto a lo que escribíamos. Mi opinión sobre su poesía la expresé incipientemente en un artículo publicado en noviembre de 1985 en la sección “Ensayo” del periódico

co *El Norte*. Hoy que lo releo recapacito en la dureza contra su escritura. Casi toda su obra publicada hasta ese año, en mi novatez, la consideraba plana, a veces; geométrica otras; o, simplemente, con muy poca efervescencia humana.

Tengo un concepto muy personal de poeta y poesía, más allá, o más acá, de las toneladas de opiniones de expertos, filósofos o críticos de todos los tiempos, sobre uno y otra. Para mí es imprescindible que quien ose escribir un poema sea conocedor en extremo, cuando menos una vez en su vida, de la tristeza y de la alegría, nunca de una sola de ellas.

Eligio nunca se sacudió ese ropaje del que hablaba Vigil. En varias ocasiones, sin embargo, logró aflojar esa camisa de fuerza y empapar de una sorpresiva lírica sus textos. Al margen de su estilo, fue muy estricto en su trabajo como escritor.

Además de visitarlo en su antiguo cuarto detrás de la Central de Autobuses, lo hice también en su casa de Escobedo, después que contrajo matrimonio con Anita, pero igualmente lo hacía en la Biblioteca de la UANL, en donde le vi ejercer, quizá, el mejor desempeño que un bibliotecario puede tener.

Nuestro idilio literario fue fugaz. Quizá unos 15 años. Me ocurrió con él y con casi toda la muchachada de poetas de aquellos años setenteros y ochenteros.

En esos tiempos llegamos incluso a pactar un compadrazgo que no fructificó. Fue padrino de uno de mis hijos. Ya no recuerdo ni de cuál. En su mundo siempre fue imposible, raro, lunático, o qué sé yo, mencionar la palabra “compadre”. Especímenes excéntricos al fin, acepté el nuevo pacto.

No sé si eso, o mi propio enclaustramiento en la Ciudad de México, provocó un distanciamiento total. A la distan-



cia observaba su incansable actividad. Eligio nunca dejó de ser lo que era, un maravillado por la Literatura.

Sabedor de su enfermedad, siempre pensé en el reencuentro, algo que nunca se dio porque me ganó el tiempo y, un día, hace cuatro meses, el llanto.

De mi compadre (ahora es inapelable llamarlo así) conocí algunas familiaridades que pocos imaginan. Por ejemplo, que además de serlo en la Literatura, era un experto en el rock y menesteres parecidos (en inglés y español) de los años 60 y 70. Muchas veces nos la pasamos hablando de grupos y canciones.

Fue también un autodidacta empedernido en el aprendizaje del idioma inglés. Constaté varias veces sus avances. Traducía a Beatles, Rolling Stones, Creedence, Led Zeppelin, Police.

Entre sus peculiaridades poseía extremas y estruendosas carcajadas por ciertas expresiones u opiniones de algu-

na gente, incluidas críticas en su contra. Las asimilaba como la mejor broma del mundo. Nunca fue adusto ni lo veías enojado; preocupado, a veces.

En aquellos años le encantaba hacer dietas y llevar un riguroso registro de los kilos que bajaba. Nunca fue un bohemio de corazón, trovador de alma desatada, visitador de antros por diversión (en sus últimos años lo fue por trabajo cultural, específicamente literario), ni bebedor a morir.

En una charla con el poeta Arturo Ortega, regio asentado desde hace unos 40 años en la Ciudad de México, lamentábamos el deceso de Eligio, tanto como las pocas menciones en los medios de comunicación a su fallecimiento.

La reacción del medio cultural, a mi juicio o, tal vez, desde una perspectiva desde la capital mexicana, fue lenta o casi nula.

Porque la vida literaria de Eligio

tuvo dos aspectos compartidos en el tiempo: su faceta meramente de escritor, poeta y narrador –más lo primero que lo segundo– así como de impulsor de la literatura, sin distinción de niveles o géneros; o como habría dicho, en tono farandulero, Margarito Cuéllar: como impulsor de “nuevos valores”.

Algo muy parecido a lo que ocurrió en el 2022 con la muerte de Guillermo Meléndez, uno de los mejores poetas que ha dado Nuevo León. Su o sus homenajes fueron más silencio que barullo de parte del establishment cultural, oficial o no.

Pero nadie en este mundo tiene derecho a un trono *postmortem*, y menos un poeta, mientras su palabra vuela, se esparza, y sus poemas caigan en las manos que los requieran.

Me piden un artículo sobre Eligio Coronado. Qué puedo decir de mi compadre y sus hormigas.

Imagino su última noche, o día, sabrá Dios:

“Sentí, llorando, hacia la mitad de la noche, que mi cuerpo era de fuego, cubierto, como en alguna escena buñuelesca, de roedoras hormigas por todas partes”, como escribiera Rafael Alberti.

O querer decir, a lo Ramón López Velarde:

“Un encono de hormigas en mis venas voraces...”.

“Fustigan el desmán del perenne hormigueo el pozo del silencio y el enjambre del ruido”.

Pero tú, compadre, poeta Eligio, lo dices de otra forma, mientras, seguramente estremecida, una colonia de hormigas te mira:

“Hay cadáveres frescos sorprendidos en la tarea de escudriñar misterios”.

El jardinero y sus macetas

Roberto Maldonado Espejo

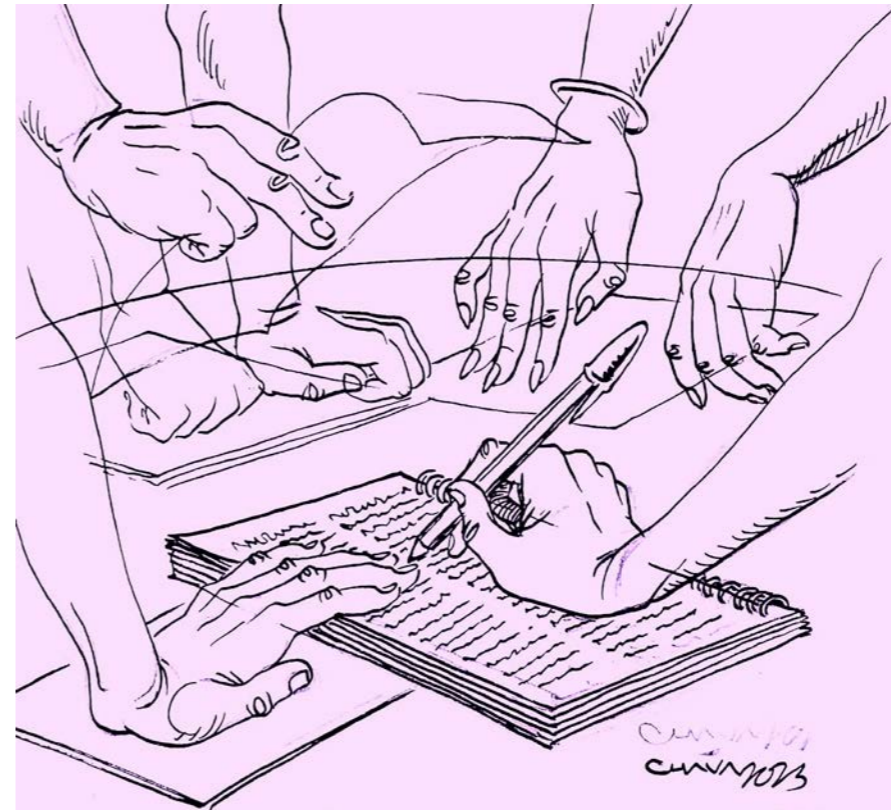


Manzanilla del Mar, Jalisco.- Su fervor en la literatura, su capacidad para soñar y derramar esperanza en sus amigos fue posible. Con los años descubrí mi envidia de tanta inocencia; si me equivoco ya es costumbre, pero más que sus textos su incansable actividad tallerística y la manera en que lo llevó a cabo lo demuestra. Ignoro por completo su calidad como lector, pero no creo que haya tenido tiempo, su transcurrir fuera del trabajo –que también le fascinaba y alimentó su enorme y cuidadosa disciplina– estaba dedicado a la promoción de sus tallerandos más que de sus propios textos. Alguna

vez leí una reseña de Hugo Valdés de la novela de Eligio Coronado y no tuve los suficientes güevos para leerla. Pasaron los años, muchos, y a través del feisbook fui sabiendo de él, del buen Eligio; y supe que la bendición que signaba su vida era la que me había abandonado, o yo la había perdido allá en la prehistoria. Busco con ahínco una imagen, una foto que me acerque a su sempiterna sonrisa y descubro otro de mis muchos descuidos. Si una metáfora fuera posible para Eligio Coronado, es la del jardinero que cuida con desmesurado amor sus macetas. Algunas ya están dando frutos...

Fuera de tiempo

Romualdo Gallegos



Salí de la escuela para comprarme un café en el súper 7 y vi al hombre que caminaba hacia mí. Tenía puesta una gorra de beisbol y unos tenis gigantes que apenas lo dejaban caminar. En el maletín trae libros, qué otra cosa puede ser. Yo no esperaba a nadie y menos a un escritor.

Pues aquí estoy, como quedamos –dijo–, para dar ese taller de cuento breve que te prometí. Los maestros no pueden recibirte, porque están en clase, pero los alumnos sí.

Entramos al salón de clase y nos recibió el desorden y el griterío. Eligio colocó los libros y un juguete que parecía un submarino amarillo con rueditas; luego encendió una bocina con una canción de los Bitles, esa la del cochecito amarillo.

Intenté todo tipo de estrategia para ordenar al grupo, pero nadie hizo caso y alguien debió ir por la prefecta y el subdirector para llevarme a la dirección y ofrecerme un vaso de agua.

A mi invitado, nadie pudo verlo.

La escuela de Eligio

Isaac Gasca Mata

Conocí al escritor Eligio Coronado (1948-2023) en su faceta de maestro de autores y poetas. Su trayectoria dejó una huella inquebrantable en la memoria artística de Nuevo León. No obstante, hablaré de sus libros en otro momento. En esta oportunidad compartiré con el público la calidez y trato humano que don Eligio tuvo con todos nosotros: su escuela.

Se mide la influencia de un autor por la cantidad de personas que lo siguen, tanto por sus obras como por sus actos. Un autor que deja escuela es un individuo cuyo estilo literario, ideas estéticas o impulso cultural empuja a una o varias generaciones que aún después de su muerte recorren la misma senda estilística que él, o un camino parecido. El autor se convierte en referente. Eso fue el maestro para un número importante de autoras y autores neoleoneses: un guía que no se complacía con vernos de lejos, desde lo alto, sino que con su sempiterna humildad empujaba a quienes empezábamos una carrera en las letras y nos daba voz, creía en nosotros, estimaba nuestros párrafos, aunque, la verdad sea dicha, a veces eran más dignos del bote de basura que del foro donde los presentaba ante el público. El maestro buscaba calidad en nuestras letras, algo de valía y nos invitaba a creer en ellas, a compartirlas. Así fue el gran Eligio Coronado: un fuera de serie que nunca dijo no a quien se acercó a él; y brindó consejos, sapiencia, siempre con el imperativo de ser humilde, de predicar con el ejemplo.

Su influencia no solo se dio en el

plano estético; si bien es cierto que su estilo permeó a muchos poetas y cuentistas regiomontanos, se notó más en la perseverancia y anhelo por difundir la voz de tantos escritores noveles. Su afán trascendió la región del noreste y su nombre como promotor cultural resuena en lugares lejanos como Puebla o Ciudad de México. Eligio aceptó a todos, creyó en nuestras obras, nos dio un espacio y una audiencia para compartir con el mundo de las letras, que quizá de otro modo hubieran quedado reclusas para siempre en un cajón. El maestro preparaba el programa “Tiempo literario”, que se transmitía puntualmente todos los sábados a las 11 de la mañana en las redes sociales y bajo la frase “Todos somos escritores”. Nos entrevistaba con un interés tal que más de uno llegamos a creer que de verdad éramos profesionales de la escritura. Y es que tener enfrente a alguien con la experiencia de Coronado haciéndote preguntas y poniendo suma atención a tus respuestas nos hacía sentir que éramos importantes. ¡Vaya impulso!

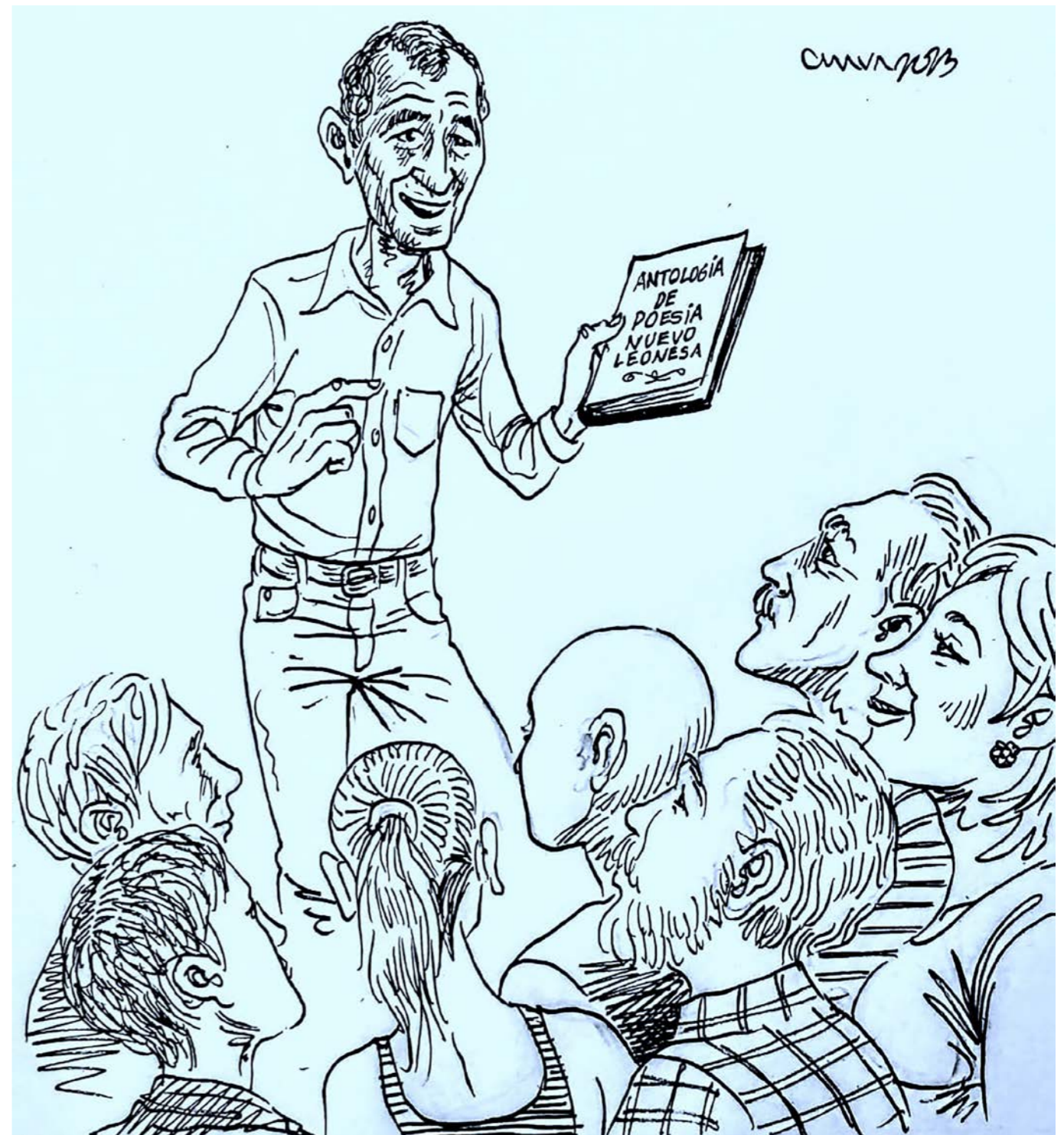
La historia de la Literatura está plagada de ejemplos de grandes autores que fueron maestros de otros. Quinto Horacio Flaco es uno de los que vienen a mi mente. El autor latino escribió *Epistula ad Pisones*¹ como lecciones de buen estilo. En ese libro Horacio plantea los fundamentos de su *Arte Poética* como breves cartas a sus alumnos: los Pisones. En la obra Horacio aconseja a los escritores con versos preciosos tales como:

“Populus me sibilat, at mihi plaudo...”².

Así el maestro Coronado nos instaba a continuar escribiendo a pesar de la crítica, especialmente a pesar de nuestras carencias.

En sus programas de entrevistas el maestro Coronado aplicaba el sistema de otro gran guía: Sócrates, pues con una lista de preguntas personales, que recordaba a la *Mayéutica*, exploraba la personalidad del autor o autora invitada y el público podía darse una idea mucho más elaborada de la vida y obra del invitado en turno. Por sus entrevistas pasaron muchos personajes del mundo literario. Fueron tantas y tan interesantes que sería imposible enumerar a todas las personalidades que Eligio convocó. No obstante, en mi recuerdo permanece la última que el maestro hizo a la poeta poblana Patricia Lazalde. En ese postre programa la poeta puntualizó frente a la cámara la necesidad de realizar un homenaje en vida al maestro Coronado. Lazalde insistió que tales eventos deberían hacerse en vida de los homenajeados, pero el maestro, fiel a sus principios de humildad, declinó amablemente y continuó la entrevista con una sonrisa en el rostro. Un momento inolvidable, porque ninguno de nosotros sospechó que ésa sería su última transmisión.

Eligio a veces solicitaba a sus invitados responder un cuestionario que podría llamarse el Cuestionario Coronado para artistas y poetas, algo parecido al cuestionario que realizó Marcel Proust para entrevistar personajes de la cultura parisina en las primeras décadas del siglo XX. Los invitados respondíamos las preguntas de Eligio y se las enviábamos



al maestro para ver publicada la entrevista en 15diario, un diario digital de Nuevo León.

Para culminar esta sentida nota laudatoria a la memoria del maestro recientemente fallecido, quiero recordar el significado etimológico de su nombre³: *El elegido*. Así, una interpretación personal

de su nombre sería: *el poeta elegido coronado de laurel*.

“La palabra es flor que brota en la voz del poeta. Germina en tinta y es aroma, Es luz, es vida eterna. No morirá, aunque el poeta se

haya ido en el silencio de la noche.” (Eligio Coronado)

Con su partida dejó en orfandad al gremio literario de Nuevo León. Descanse en paz, maestro querido.

¹ Carta a los Pisones. También conocida como *Arte poética*.

² El pueblo me rechifla, pero yo me aplaudo.

³ Vocablo que fonéticamente es cercano a elogio.

Eligio Coronado fue otro escritor con el que alguna vez tuve un desacuerdo. La razón fue su excesiva generosidad (eso sí lo puedo asentar claramente), así como su trabajo incansable por darle a las personas que escriben una esperanza de que sí podían hacerlo mejor. O al menos escribir de forma correcta y algo que pudiera ser legible y digno.

Recuerdo cuando fuimos jurados en un concurso de cuento en el que disentimos gravemente, no por las personas a quien escogimos, sino porque en realidad era una persona dedicada a alentar a escritores y escritoras, que aunque fueran pésimos, él veía algo que quizás pudiera despuntar.

Eso era conmovedor y un aliciente para quienes veían en la escritura una forma de descargar sus emociones, pensamientos, frustraciones y a su persona. El constante vértigo de much@s fue a parar a sus textos y Eligio, de una forma paciente y casi monacal, podía ver en estos escribientes a gente que necesitaba volcar su corazón. Orientaba, anotaba, sugería lecturas. Era bueno y dedicado.

Yo nunca fui compasiva, ni amable, ni paciente con esas personas, ni me interesó tampoco, porque era severa, rigurosa y muy mamona. Ahora no tanto, porque en este momento de mi vida entiendo perfectamente las motivaciones de Eligio, quien supo alentar y enseñar a muchas escritoras y escritores el don de la tenacidad y de la persistencia en la escritura. Sigo su ejemplo y quiero también honrar su memoria con ello.

Escribir es pensar más a profundis; y cuando ya estás ahí en esa tarea, una sabe que flota, que habita en su propio universo en solo, con las palabras, el lenguaje en toda su pureza y personalidad. Eligio supo enseñarle ese camino a muchas personas y su legado será la inspiración a la creación de muchas más.

Eligió ser un maestro antologador

Luis Valdez

1
Estaba lejos de poder obtener la beca del Centro de Escritores de Nuevo León, pero conseguí una muy rara de la que sólo en una ocasión lanzaron convocatoria: la beca Alfredo Gracia Vicente para la Investigación Literaria. El titular de Extensión Cultural en la Universidad Autónoma de Nuevo León era el poeta Humberto Salazar.

Alguien me pasó el tip de que fuera a la biblioteca Capilla Alfonsina y que preguntara por Eligio Coronado. Para mí, procedente de los suburbios del sur de Monterrey, era todo un viaje tomar un camión de más de una hora de trayecto. Sólo me animaba a lanzarme tan lejos de Mederos un par de veces al año, para pagar la cuota semestral en rectoría. Era el Monterrey de principios de los 90s.

2
Cuando llegué a un área de cubículos, en un rincón de la derecha estaba Eligio platicando con un señor que le quería vender un tríptico. Me contó que él había tenido uno parecido hace años y que hasta había llegado a países del Oriente.

El vendedor de trípticos era Juan Manuel Carreño, que además de repente le llevaba libros.

—¿Buscas el *Aquí Vamos*? —me preguntó Eligio con un brillo en sus ojos.

—Sí —dije tranquilamente, sin saber en lo que me estaba metiendo— dicen que allí publicaron a todos.

—A casi todos —aclaró— hay unos como el joven poeta Armando Alanís, que no alcanzaron. Y eso que tuvo tres épocas y varias cabezas en la dirección.

—¿Y los tienen todos?

—Se supone que sí. Eso lo anda viendo Sergio Cordero, que está consultándolo para hacer un índice general.

—¿Él también trabaja aquí?

—No, es un crítico literario y poeta. A veces me trae esto —y me mostró una especie de revista de tamaño bolsillo—;

la edita con Jesús de León, otro escritor que vive en Saltillo.

¿Con cuánta gente trataba Eligio Coronado? ¿Cuánta gente del mundillo literario andaba desparramada por la región, fuera de los que ya habían sido publicados en el *Aquí Vamos*, del periódico *El Porvenir*?

3
Todavía estaba impresionado porque en el #100 del *Aquí Vamos* vi una foto del equipo editorial y encontré a un Humberto Salazar de barba, acorde al joven poeta que había traducido esos poemas de Charles Bukowski que encontré en varias publicaciones editoriales de Nuevo León. Muy distinto a su padre Horacio Salazar Ortiz, también poeta, pero de otra escuela estilística. Más arraigado al aliento que tuvieron sus contemporáneos Andrés Huerta, Jorge Cantú, Miguel Covarrubias, Alfonso Reyes Martínez. Con ellos aprendí a notar que en Nuevo León ya teníamos una clara diferencia en las generaciones literarias. Porque de eso había tratado mi “investigación”: *Las generaciones literarias en Nuevo León*.

Sí, todavía estaba impresionado por esa foto de un joven Humberto Salazar, cuando en la oficina de Carlos Gómez, director de Acción Cívica del Gobierno del Estado, encontré el tomo de *Antología de poesía nuevoleonense*, realizado por Eligio Coronado. En esas mismas oficinas encontré la novela corta *El hombre de la dicha perenne*, a la que le tenía mucha fe, pero que con el tiempo me ha ido desanimando. En cambio, si en una cápsula del tiempo me dieran a escoger 2 libros NECESARIOS para resguardar la memoria cultural y literaria, serían *Desde el cerro de la silla*, de Miguel Covarrubias, y *Antología de la poesía nuevoleonense*, de Eligio Coronado. *Alforja de poetas*, de Margarito Cuéllar, también vale mucho la pena.

4
Hasta ese momento para mí Eligio Coronado era el gran investigador de la literatura de Nuevo León. Todavía no distinguía los colmillos de Sergio Cordero, ni la diplomacia de Margarito Cuéllar, ni la visión transgresora de Sergio Durán, ni los apuntes que rayaban entre la reseña y la psicología, de Gabriel Contreras (sí, es psicólogo); y de otros que publicaron reseñas en el *Aquí Vamos*, el *Volantín*, o *El Norte*. A Eligio le interesaba comentar y promover la literatura.

5
Y justo eso fue lo que Eligio se dedicó a hacer hasta el final de sus días: tener un tiempo literario que ya no practicaba desde un rincón de una biblioteca universitaria, esperando a ver quién llegaba a visitarlo. Ahora jubilado, estaba frente a una cámara de *smartphone* o de *laptop*, comentando la obra de viejos y nuevos amigos poetas. Algunos ya le llamaban “maestro”. Por supuesto que eso no sucedía en los 90s. Ya han pasado treinta años de eso, y todavía tengo la ilusión de que en una de mis correrías por la Librería Cerda (de Guerrero y Washington), todavía pueda encontrarme con un ejemplar de la antología de poetas que nunca pude conseguir a su tiempo.

Hay tiempo para todo. Qué cursi es esa frase. Ahora es tiempo de que la memoria a Eligio recoja los honores que merece. Quisiera reseñar su novela, *El hombre de la dicha perenne*, o sus cuentos rápidos para lectores lentos, o su poesía; pero a como lo he visto, él no tiene un libro que lo distinga por sí solo. Eligio no es un solo libro, sino toda su obra. Y no me refiero sólo a la obra literaria, sino a la obra humana que ha hecho para la literatura.

Esa señora caprichosa que es la literatura, nos juzgará. Y estoy seguro que a Eligio lo está juzgando muy bien.

Un gran promotor

Nohé Portes

Era el jueves 18 de octubre de 2012, cuando estábamos en el Taller de Poesía Contra Marea, que dirigía el poeta venezolano Nervinson Machado en una de las aulas anexas de la Casa de la Cultura de Nuevo León, en donde acudíamos un grupo de entusiastas amantes de la poesía; entre ellos, algunos que siguen ejerciendo el oficio, como Irma Elvira Tamez y Juan Manuel Zermeño (y otros que han desaparecido del mundo de la escritura), cuando al terminar la clase, el maestro Machado me dijo: “llévate unos textos y vamos a un café”.

Llegamos al tradicional Café “Nuevo Brasil”, ubicado en la calle Zaragoza del centro de la ciudad, a un costado del periódico *El Norte*, que atendía su propietario Moani Compean, un impulsor de la cultura, donde todos los jueves por la noche se realizaba el Ciclo de Escritores en su Tinta, que con gusto y entusiasmo dirigía Eligio Coronado González. El programa se mantuvo ahí hasta unos meses antes de que el Café cerrara sus puertas al público.

Cuando entramos, ahí estaba Eligio, sentado en las primeras mesas, con su peculiar playera tipo polo, sus pantalones de mezclilla y revisando textos. Faltaba como una media hora para que empezara el Ciclo de Escritores. Nos acercamos, Nervinson me lo presentó y me dijo que le mostrara los textos. Eligio leyó con atención algunos poemas que traía en un folder beige y después de leerlos me preguntó: “¿Te gustaría leer tus poemas aquí con nosotros?”. Sin pensarlo, le respondí que sí. “Tú vas a cerrar el Ciclo el mes próximo, ya te voy a programar para el último jueves de noviembre”, me comentó sonriente.

Después, Eligio me dijo: “Estos textos ya deberían estar en un libro”. Lo tomé como un cumplido, porque después de comenzar a descubrir a otros escritores y poetas que me había mostrado Machado, bien sabía que eso no era cierto. Después cuando fui conociendo a Eligio, me di cuenta que su generosidad era tan grande que a todos los escritores les decía que sus textos estaban para hacer un libro, con la finalidad de darles confianza, que no abandonaran el camino de la escritura y que pronto cristalizaran el sueño de ver publicados sus textos.

Fui testigo de la publicación de muchos libros de poesía, cuento y novela, que Eligio impulsó y que seguramente, sin la transmisión de esa confianza, los escritores nunca hubieran publicado.

Fue en el departamento de Antonio Reyes, ubicado en la calle Cuauhtémoc, donde nos juntábamos los sábados por la tarde, el maestro Eligio Coronado y sus “Elegidos”: Antonio Reyes, Adriana Cisneros, Adriana Flores Tanguma, Óscar Pedraza, Carlos Ayala, Ana Coztic y yo (y algunos otros que eran menos constantes en su asistencia), para ver autores que él nos recomendaba. Nos llevaba copias con el material de estudio,



leíamos, analizábamos, discutíamos sobre la obra y después escribíamos algún texto que al final leíamos entre nosotros. Ahí nos llevó a Rafael Cárdenas de *Poetas*, y algunos alcanzaron a publicar con él; también fue Guillermo Meléndez y Juan Manuel Carreño, entre otros autores, para hablarnos de su experiencia en la escritura.

Después “Los Elegidos” se mudaron al restaurante Vips de la calle Hidalgo, en el centro de Monterrey. Yo acudí varios sábados por la mañana, pero después dejé de ir, porque en lo personal no me podía concentrar para leer y escribir, con tanto bullicio entre las mesas. La mayoría de los que íbamos al departamento de Toño Reyes ya no fuimos, pero el taller se llenaba con nuevos prospectos. El maestro seguía su labor incansable de continuar enseñando la literatura, revisando textos, promoviendo a los nuevos valores.

A la par, el maestro seguía con su programa de Escritores. Al parecer hubo un problema para seguir utilizando el nombre de “Escritores en su Tinta” y el ciclo pasó a llamarse “Pájaros en el Alambre”, ahora en el Café Amatlé, en Diego de Montemayor y Abasolo, con el apoyo de Carlos Ayala. Ahí duró poco y después los Pájaros volaron al Feelgrow, de la calle Doctor Coss; y más tarde instalarían su nido en la Galería Regia, en Abasolo y Mina, donde desfilaron una gran cantidad de escritores, jóvenes y experimentados, porque para Eligio no había distinción, a todos nos trataba por igual y el escenario estaba abierto para todos. Su bondad era inconmensurable y siempre tenía las puertas abiertas a todo aquel que tenía las ganas de mostrar sus textos en público.

En la Galería Regia comenzó con los homenajes para los escritores locales. Él, que merecía todos los homenajes por su trayectoria literaria, por su labor en la Capilla Alfonsina, en la sala de literatura, por su promoción a los escritores, por sus talleres que muchas veces no cobraba, porque me decía que

se iba a quedar sin alumnos, por sus ciclos de escritores por donde pasamos muchos a leer en sus programas, prefería ceder su lugar de honor para que otros lo ocuparan. Así, hizo homenajes al por mayor. De las pocas veces que dejó que lo pusieramos como centro de atención, fue cuando celebramos su cumpleaños en el Sirloin Stockade de avenida Las Torres, en San Pedro, el 30 de noviembre del 2018, en una reunión donde acudieron: Delfos Moyano, Arturo Hernández, Mayela Escobar, Alejandro Sánchez, Patricia Sepúlveda, Óscar Pedraza, Adriana Flores, Carmen Domínguez, Juan Manuel Carreño, Mariena Padilla, Arturo Mariño, Sofía Velasco, Antonio Sánchez, Nora Nelly Torres, Maricruz López y yo.

Vino la Pandemia y Eligio siguió adelante con su programa, ahora desde el café Amor Amor, en la calle Padre Mier, bajo el sello de Tiempo Literario; para después mudarse al Café Monstera, donde logró establecerse los sábados por la mañana con el apoyo de Claudia Alanís y al final con Benito Rosales.

Su constancia en los diferentes ciclos de escritores que promovió y la oportunidad que le dio a los escritores para la difusión de sus letras, sin hacer ningún tipo de distinción, le valió para colocarse como un gran promotor de la literatura, ganándose el cariño de toda la gente del medio literario de la localidad. Para muchos fue el gran maestro, el que les dio los elementos para escribir, para estrenarse como escritores, presentadores de libros y hasta para hacer prólogos. Eligio nos daba la oportunidad de crecer en el medio literario.

Su partida deja un hueco muy grande en la promoción de escritores. Su labor iba más allá de la que hacen muchas instituciones gubernamentales, y hasta el momento nadie ha dado indicios de seguir su camino, de ponerse al servicio de los escritores, como lo hacía Eligio Coronado, por amor al arte, por amor al tiempo literario.

Farewell, hombre de la dicha perenne

Mikhail Carbajal



Llegué en enero de 2011 a vivir a esta ciudad laberíntica; en aquel entonces, siendo un muchacho de diecinueve años, había hecho ligeros “pininos” en el mundo de las letras: tenía un blog donde posteaba mis primeros poemas adolescentes. Me vine a esta ciudad a estudiar la licenciatura en Letras.

El día que conocí a Eligio Coronado fue uno de aquellos días en los que se celebraba el ciclo de “Escritores en su tinta”, en referencia al taller que había fundado hacía algunos años (el de Tinta Joven), en el legendario Café Nuevo Brasil. No recuerdo quién leyó aquella primera vez que fui, tengo borrosos recuerdos, quizás leía alguna de mis maestras de la facultad, o quizás alguno de los autores que reconocía de lecturas y micrófonos abiertos; el caso es que, durante una de aquellas lecturas, se me ocurrió preguntarle cómo hacía para participar. Me pidió mi correo y me dijo que me contactaba para revisar fechas disponibles. Y dicho y hecho, a los dos días y a partir de entonces, sería indexado a uno de los boletines más completos de las letras regias: el listado de participantes del ciclo. La lista era increíble, larga y variopinta, y en ocasiones de un correo a otro todas las fechas estaban llenas. El ejercicio de jueves congregaba a escritoras y escritores tanto consagrados como amateurs; tanto longevos como neófitos, tanto aficionados como de profesión. Era un calendario minucioso que anunciaba incluso cinco o seis meses en adelante.

Recuerdo con nostalgia, estoy hablando de hace casi 9 o 10 años, pero sé que por ese ciclo desfiló una cantidad apabullante de autoras y autores de Nuevo León. Los lugares insignia fueron muriendo, pero el ciclo permanecía; recuerdo que se llegó a llamar después “Pájaros en el Alambre”, “Los Elegidos” y mucho después el programa “Tiempo Literario”.

Periodista, dramaturgo, lector, traductor, poeta; también reconozco a Eligio como el responsable de una de las compilaciones más ambiciosas y completas del quehacer poético en la

región; hablo de la *Antología de la poesía nuevoleonesa*, publicada en 1993 que, como ejercicio, fungió como uno de los registros más completos de las plumas que ha concebido esta región.

Del maestro debo afirmar que apoyaba en sus ininterrumpidas reseñas y entrevistas a todas las y los autores por igual; que fue la definición viva de promoción cultural, que incansablemente difundió la obra de todo aquel que escribía. Eligio, cómo no, fue el primero que se interesó de reseñar mis primeras publicaciones, tanto mi *poetazo* como mi más reciente libro. Miraba a la cultura de la lira como un árbol siempre verde, cuyo ramaje se seguía extendiendo a lo largo del cosmos. A pesar de todo, y con todo esto que digo, se podría pensar que un pilar para las letras de Nuevo León, como era Eligio, se trataría de un hombre excéntrico, rockstar, erudito e infumable; pero, todo lo contrario: no recuerdo haber conocido a hombre más humilde y modesto que él.

Su fallecimiento fue un balde con agua helada, un terrible golpe a la comunidad, al periodismo, a la literatura, a la difusión cultural y a la poesía en general; sin embargo, su legado, así como su dicha, se encuentran inmarcesibles. Don Eligio, maestro, no te extrañamos tanto, porque ya tu esencia reposa en la luz de los reflectores que bañaron las letras de los que aquí seguimos. No lamentamos demasiado, porque siempre nos abrazaste como un enorme roble dándonos sombra en el calor canicular. Y no nos preocupamos bastante por tu ausencia, ya que tu nombre y amor por las letras te ha brindado un sitio alto, altísimo, en la historia de las letras de esta, la ciudad que tanto amaste.

Nos veremos algún día, maestro. Apuesto que Eligio ya andará organizando un par de ciclos los jueves, con un foco fluorescente y un micrófono, allá en algún bar del Parnaso.

Salud y respeto, Eligio, siempre, para siempre.

* Poeta y narrador.

Programa Tiempo Literario

Claudia Alanís

Para mí, este es un momento muy emotivo, aún recuerdo cómo comenzó esta aventura: el sábado 23 enero del 2021 acudía al café Amor Amor, invitada por el Maestro Eligio Coronado, a su programa: “Tiempo Literario”, que se transmitía por Facebook, cuyo objetivo era la noble intención de dar a conocer a los escritores y editoriales, dar difusión a eventos literarios y realizar homenajes.

Dicho programa comenzó transmitiéndose desde octubre de 2020, en tiempos de Covid. Motivo por el cual se transmitía en la mencionada cafetería, debido a que los espacios culturales permanecían cerrados por la pandemia. El Maestro había iniciado el programa con el apoyo de Benito Rosales, al cual le fue imposible seguir asistiendo. Pero entonces, ya convertido en programa “Tiempo literario”, el Maestro Eligio, tomándole el gusto, buscó continuar transmitiendo y apoyando a este entorno literario mediante este medio, por lo que buscó el apoyo de otra persona. Mas, ese sábado, la persona que le iba a apoyar no llegaba, y así transcurrió una hora. Ese día compartiríamos micrófono mi querido amigo Antonio Sánchez, el licenciado Manuel Marroquín y su servidora. No entendía muy bien el formato y la mecánica, pero veía la preocupación del Maestro por no poder comenzar, por lo que entonces decidí acercarme, y al verlo mortificado le pregunté si podía ayudarlo en algo. Y así surgió esta relación de la editorial con Eligio Coronado, en la cual estuvimos de manera ininterrumpida durante 112 programas, los cuales tenían una duración de transmisión de aproximadamente dos horas.

Al principio continuamos un muy breve tiempo en el café Amor Amor. Pero al poco tiempo, tuvimos que mudar el programa al Bar Chac-Mol, ya que al activarse un poco más la actividad en los restaurantes, en febrero, el Café Amor Amor nos pidió el espacio, ya que



lo requerían para sus clientes. Créanme, en estos vivimos cada aventura! Volviendo al Chac, siempre muy amables y dispuestos a apoyarnos, nos ofrecieron el lugar, pero muchos escritores declinaron la invitación, por motivo de la ubicación, por lo que decidimos comenzar a buscar otro lugar.

Café Bar Monstera

Al comentar con mi amiga Ericka, propietaria del Café Bar Monstera, del proyecto nos abrió la puerta y ahí estuvimos a lo largo de dos años. Gracias Ericka por tu siempre, siempre, siempre amable trato y cariño al programa.

En definitiva, Eligio era apasionado en la promoción de los escritores, y siguiendo con su compromiso de que las transmisiones del programa fueran rigurosamente los sábados, transmitimos en 2021, en pleno 25 de diciembre, con el apoyo del Café Monstera, y el primero de enero de 2022. Este bello día prime-

ro del año, transmitimos en las afueras del LAB Ciudadano, en la plaza, ya que no teníamos dónde transmitir; los escritores acudieron a la cita, el día era bello, el programa y las sonrisas lo fueron también. En el 2022 repetimos en sábado transmitir en plenas fiestas, en esa ocasión tocó 24 y 31 de diciembre. Eligio siempre al pie del cañón, me quedó claro que mientras tuviera fuerza nunca dejaría de hacer lo mejor que podía con lo que tenía. Y tenía un tesoro: su convicción en el quehacer literario.

Pero cómo no apoyar al maestro Eligio, quien siempre buscaba promover a los escritores, misión por la cual me mantuve estos años tratando de apoyarlo los sábados, además de realizar diplomas, flayers, otorgar patrocinios de concursos, promoción, etcétera. Pero todo tiene un tiempo, y nuestro “Tiempo literario”, ese breve espacio, ese hogar para los escritores, quedó entonces grabado en nuestros corazones.

Solo me queda agradecer al maestro Eligio el aprendizaje y el acompañamiento en esta aventura, la cual, de ser un día en que yo era la entrevistada, por el destino terminé encargándome de la producción. Y esto se transformó en años de cientos de historias y más de 500 invitados en el programa.

Mi mayor retribución de estos años fue el aprendizaje que me deja el Maestro Eligio, lo llevaré siempre en el corazón, su perseverancia. Me llevó a seguir luchando por estar ahí cada sábado, valió la pena el esfuerzo y la dedicación. Con lluvia, frío, calor, multas por estacionamiento, etcétera.

Maestro, en Casa Editorial los Ojos de Eva siempre le daremos difusión a su proyecto de vida.

Agradezco a todos los amigos que nos han apoyado a lo largo de estos años, a los escritores, y los lugares que nos apoyaron con el espacio.

Se eclipsó la escena cultural

Benito Rosales

La escena cultural en Monterrey se eclipsó el pasado junio de 2023, con la partida del escritor regiomontano Eligio Coronado González, quien además del oficio de escribir, entre otros más, ejercía el de promotor cultural. A lo largo de sus 74 años dio vida a diferentes proyectos con la intención de circular literatura local, visibilizar escritores independientes, presentar libros, etcétera.

Entre los más nombrados, podemos recordar el *fanzine La Hormiga Herrante*, los ciclos de lectura *Escritores en su tinta*, *Pájaros en el alambre*, *Pájaros de invierno*, y en fechas más recientes, la transmisión en *Facebook Live* del programa *Tiempo Literario*.

Este último proyecto marcó mi cercanía con el Maestro. En pleno confinamiento de la pandemia del Covid-19, platicando con él sobre cómo seguir activos, le sugerí la idea de hacer un *streaming* en redes sociales en un grupo que había conformado en mi trabajo como un recurso para seguir en contacto con la ciudadanía. Fue así que el sábado 26 de septiembre de 2020, a las 11:00 horas, en el grupo de la Red Comunitaria de la Zona Norte de Monterrey, tuvimos nuestro primer *live* con el escritor y también promotor cultural Rafael Cárdenas Aldrete.

En medio de la incertidumbre y el miedo provocado por la desconocida enfermedad, habíamos encontrado un medio para que el Maestro continuara su labor. Al inicio mi intención era organizar el programa juntos, generar ideas sobre qué hacer y cómo hacerlo. En ese contexto, platicábamos constantemente; fueron quizá los días en que más tiempo pase con él. Pero con el tiempo me di cuenta que el Maestro ya tenía clara la idea de hacia dónde iba y qué quería hacer; entonces dejé de sugerir y simplemente lo apoyé. Eligio contactaba a los escritores y definía toda la dinámica de la transmisión.

Un día de tantos, conversando con él, me dio las gracias, me dijo que siempre había querido tener un “programa” y que ahora lo tenía; yo solo sonreí, *Tiempo Literario* nunca tuvo un presupuesto, siempre fue un proyecto muy modesto, el equipo con el que contábamos era una laptop Lenovo muy básica, que nos habían prestado, y un micrófono de cien pesos que conseguimos en Steren. Lo valioso del programa era Eligio y sus invitados, quienes cada sábado lo nutrían con sus textos, libros y vivencias.

Lamentablemente con el correr de los meses hubo cambios en mi trabajo y me fue imposible seguir apoyándolo; el proyecto ya había echado raíz, pero continuar me resultaba imposible. Así que tuve que decirle que ya no podía, y él se dio a la tarea de buscar quién lo apoyara. Fue así que dio con Claudia Alanís y su editorial, quien amablemente lo acompañó duran-



te un buen de tiempo.

Quiso el destino, la vida, qué sé yo, que regresara un mes antes de su partida para apoyarlo en las transmisiones, cosa que hice con gusto y disfruté, hasta que un día, simplemente, no llegó. No hubo oportunidad para una despedida, para decir adiós de frente, el día sábado 24 de junio nos quedamos esperando, y al ver que no llegaba, dimos cumplimiento al último programa que él había agendado, un homenaje al escritor José Trinidad Escobar. Para mí fue un honor, un regalo. Sé que desde donde esté, es lo que hubiera querido.

Escribo esto con cariño, con ese sabor agridulce de la existencia, en memoria de quien fue un ejemplo de amor a la literatura, e hizo de su vida completa un *Tiempo Literario*.

* Narrador y promotor cultural.

Con los pies en la tierra y las alas al vuelo

Irma Elvira Tamez

“Estimada Irma Elvira Tamez García:
Yo también viajo sin rumbo...
por los dominios de la literatura.”
Eligio Coronado, abril 27, 2017.

Esto es lo que dice a la letra una dedicatoria del maestro Eligio en el libro: *Cuentos rápidos para lectores apresurados*. Supongo que sigue viajando sin rumbo, sobre las historias, los poemas; o andará por ahí organizando un nuevo programa literario para promover el trabajo de cuanto escritor conoce o no, motivo por el que no le hemos visto ya en Galería Regia, en Monterera o en algún otro café dando talleres.

Nuestras vidas literarias han sido modificadas desde que los pájaros se fueron del alambre a buscar otro invierno, a disfrutar de otro tiempo literario. Nos vamos acostumbrando tanto a las personas, a los momentos que se comparten, que no vislumbramos que de un instante a otro se van o nos vamos, dejando huecos en las emociones, en los sentimientos.

Eligio Coronado, el maestro, el amigo; amante y apasionado del oficio creador de la literatura. Se fue con el *heroísmo de la brevedad**, soltó el tejido de la palabra propia y de los elegidos, dejando una huella indeleble en la vida de cuantos le conocimos, en las letras de todo aquel que se precie de ser escritor y haber caminado de cerca un metro, cien, todo el centro regiomontano hombro con hombro con el maestro Eligio. Esto se dice muy románticamente y con facilidad, pero a él le llevó la entrega de una vida en pro de la calidad literaria, de la buena escritura; en la formación del buen escritor, del poeta sensible e informado del uso del recurso literario.

Con su andar parsimonioso, una expresión impasible en su rostro, afable, ocupado en sus menesteres, con la palabra de aliento precisa para cada uno, tal cual maestro de la vieja guardia. Ahora entiendo que el mareo que le podría producir tanta efervescencia interna por las historias que gestionaba mientras



caminaba, era lo que le hacía mantener esa calma que irradiaba paz y ese paso lento, firme y seguro.

“Llegó la muerte y yo seguí escribiendo, porque no es conveniente dejar el texto a medias... Por todo esto cuando llegó la muerte, yo seguí escribiendo...” **

Dicen que un poeta nunca muere; que los amigos nunca se van, aunque se vayan.

Premiado, traducido a varios idiomas, figurante en la *Enciclopedia de México* y en el *Diccionario de Escritores Mexicanos*; publicó más de veinte libros, colaboró en más de 150 revistas. Más, mucho más podría seguir mencionando de su trayectoria literaria y de promotor cultural; sin embargo, todo ello pudiera llegar a palidecer ante la entereza, la grandeza envuelta en sencillez de un hombre que ha dedicado su vida a impulsar, a formar a otros; iluminando con su luz el camino de quienes él piensa que podrían crecer literariamente. Es esta justamente la mayor enseñanza que nos ha legado Eligio, quien se mantie-

ne con los pies en la tierra y las alas al vuelo, pese a ser quien es y será en la literatura y en la vida. Dar y darse a los demás sin reservas mientras produce lo propio (aquí he hablado en presente porque él seguirá así, presente).

Habitamos un Monterrey en el que él ya no camina calle abajo, en el que ahora la literatura habrá de erigirse sobre una condición incierta, la que nos obliga a inventar nuevos espacios bajo su enseñanza de tantos años; apremia darle al espíritu nuevo poema, nuevo tiempo y espacio, lograr el viejo sueño de un buen amigo que sigue su andar preciso; el verdadero artista, que congrega a los hombres frente a aquellas cosas que le tocan las fibras más hondas del ser... la literatura.

* Zacarías Jiménez, “El heroísmo de la brevedad”, en *Cuentos rápidos para lectores apresurados*, de Eligio Coronado, Enero de 2017.

** Eligio Coronado, *Dar la palabra*, Monterrey N. L. marzo de 2014.

Querido Eligio:



Despedirse nunca ha sido fácil y menos cuando no hubo un tiempo para hacerlo, ahora cuando leo tus poemas todo es recordar. No me iba a esconder para siempre en las penumbras del Café Brasil, fue lo que pensé cuando te sentaste esa noche en la mesa y pediste para tomar una limonada.

El Café Brasil, qué cosas, el templo de la contracultura, el punto de convergencia de todas las tribus urbanas, incipientes trovadores, verseros huastecos y cumbancheros, legiones de comunidades LGBT, similares y conexos; convergencia también de escultores, pintores, periodistas, moneros; y mis favoritos, los escritores, refugio de los incipientes premios Aguascalientes, Carmen Alardín, hispanoamericanos de poesía, o premio de las artes de la U de Nuevo León, que se juntaban cada semana de "Escritores en su tinta", para estar a expensas de su ojo y su yugo, en una penumbra solamente adornada por el cuarteto de Liverpool y la cruda ciudad de noche plasmada por Geroca.

¿Usted escribe? ¿Puedo leer algo escrito por usted? ¿Cuál es su nombre? ¿Le parece bien si lo programo para el 22 de noviembre?; aunque le diré también puede leer antes en Verso Norte, allí pagan y regalan libros.

Después fuiste mi amigo, mi colega, mi mentor, mi padrino, siempre estuviste allí para leer mi texto, para dar un consejo, ánimo o simplemente tomar una limonada.

He lamentado mucho tu partida; sin embargo, estoy bien con eso, porque lo único que quedó pendiente entre nosotros fue un abrazo, porque se vendrán las cosas que alguna vez soñaste y a la que tanta fe tuviste semana a semana desde que te conocí; sé que te extrañaré, amigo mío, y para no olvidarme de ti, te dejo esto que salió de mi febril pluma para honrar tu amistad y todos los conocimientos que tuviste a bien compartir conmigo.

Todos los otoños y todas las primaveras

Sobre su mano se acostaba el cielo para hablar,
tras la lluvia de los infiernos
no el de cuernos y tridentes,
sino el que se inventa a cada rato acá,
el del cálido flujo, el de las estaciones
al lado del sofá donde se acomoda la crueldad de la gente,
el olor de las casas recién pintadas por la resaca hecha tiempo
en el pincel de nubes

Eligio se acuesta sobre los bolígrafos
que el ocaso tiene en el bolsillo de su polo azul
ahí escribía los días que fueron,
los que ya no son
y los cuentos cortos para lectores apresurados

Eligio se mezcla en todas las pizarras
como una tiza que existe para alegría de la poesía,
para tristeza de los borradores
él me dijo que había que comprometerse con los ideales,
a dar gracias por el fuego cada día que despierto,
y en la taza de su café comprendí a mirar los desvelos con ternura.
Y no dejar de escribir

Maestro, andarás caminando
con olor a humo de lunas sobre tus hombros,
entre pausas con tu luz poeta
cometiéndome algún pecado capital en los cafés
enseñándole a muchos, a la vida y a los agregados
que aprendimos solo de tu sombra

Eligio, compañero de viajes en mis bolsos,
yo te veré y saludaré cuando lea un libro tuyo,
cuando agosto me anochezca el ombligo
nos debemos un abrazo y un café
todos los otoños y todas las primaveras

Perro, jaula, soledad
el ojo que todo lo ve con hambre
aullando
mordiéndome hasta el dolor
la noche se inconclusa
en el humo de un cigarrillo
ahogándose en un cenicero

Jesús Garza Morúa

Concurso horrorífico

Juan Francisco Benítez

¿Qué puedo decir sobre el Maestro Eligio Coronado que no hayan dicho otras personas? Recordar su generosidad, su bonhomía, destacar su vasta cultura, su desprendimiento de tiempo y habilidades para apoyar el trabajo literario de muchos escritores novatos en su tiempo, luego profesionales forjados en su consejo, con su asesoría, se vuelven lugares comunes.

Muchas vidas tocó Eligio en su larga existencia. Siempre inquieto, siempre dispuesto a leer las obras de otros sin distinguir si eran primeros escritos en hojas sueltas o libros completos. Amante de la literatura y de todo lo que estuviera relacionado con el quehacer cultural.

Nuestra amistad fue corta en el tiempo, pero gratificante en el trato con el que me privilegió. El aprecio fue mutuo desde un principio. Leyó los tres libros que ya había yo publicado y fue insistente tanto en que apurara la publicación del cuarto, como en hacer la presentación formal del mismo.

Dos momentos importantes en mi vida me fueron obsequiados por el Maestro. El primero sucedió a los pocos meses de haberlo conocido y de participar en aquellas tertulias mañaneras. Anunció que en el siguiente encuentro con mis colegas me haría un homenaje. Organizó las lecturas y, por su generosidad y el buen recibimiento de otros compañeros, empecé a asimilar mi lugar como escritor. El segundo momento, y el más importante, fue el día en que en su insigne programa Tiempo Literario, compartió un proyecto por el que él demostraba un gran entusiasmo: El "Primer concurso estatal de cuento de terror"; y me hacía el honor de ponerle

mi nombre. Me sorprendí gratamente, y encontré inexplicable esta distinción. Consideraba que en su círculo de amigos, su cofradía de escritores y poetas, había personas que lo conocían mejor, desde tiempos más lejanos, y que quizá merecieran este honor que ahora recaía en mí.

El proyecto "horrorífico", como él gustaba de llamarlo, culminó en una emotiva ceremonia de premiación el 15 de abril. Fue el último proyecto colectivo que llevó a cabo, y había mencionado que tenía pendientes otros dos. No alcanzó a realizarlos. O quizá sí, porque como él mismo expresó en su texto: *Dar la palabra: "Vino la muerte y yo seguí escribiendo"*. Un mes después su espíritu habría de ir a *habitar el silencio*, como lo escribió en el poema del mismo título.

No es mi intención ser el protagonista de este texto dedicado al Maestro, sino recalcar mi aprecio y admiración por un ser humano singular, desprendido de sí mismo, no obstante ser un poeta genial que no aceptaba halagos. Me brindó su amistad sin restricciones; en mi casa compartimos el pan y la sal, mientras sosteníamos largas conversaciones llenas de buen humor y menciones a autores favoritos, siendo Borges su principal objeto de admiración; y The Beatles, de quien era fanático desde hacía décadas.

Su recuerdo y su legado serán eternos en los que lo conocimos. Que no descansen en paz, que siga metiendo bolla y convocando a tertulias en los espacios siderales por donde transite ahora. Gracias, querido Maestro Eligio Coronado. Nunca te olvidaré.

Dulces recuerdos de Coronado

Rafael Cárdenas y Carmelita Benítez



Eligio Coronado fue uno de los primerísimos promotores culturales en crear en el proyecto de *Poetazos* en su segunda etapa, aquí en Nuevo León.

En su entusiasmo, pregonaba a todo pulmón lo que hasta el momento era nuestra receta secreta: que publicáramos gratis. Él llevó este concepto al siguiente nivel.

Las anécdotas se pueden contar por kilo, pero compartiremos una de las más gloriosas: cuando nos invitaron a celebrar un aniversario de la Biblioteca Raúl Rangel Frías, de la UANL. En plena presentación, mientras Rafael hablaba a los asistentes, Eligio, con esa parsimonia y generosidad de darlo todo, que era su marca registrada, se levantó de su lugar en el estrado y comenzó a repartir *Poetazos* entre los alumnos de las prepas ahí reunidas.

Horrorizado, Rafael, interrumpe su discurso y grita: "No, Eligio, así no!" Pero al ver que ya no tenía remedio la situación, agrega: "¡así!"; y juntos aventaron a diestra y siniestra los ejemplares destinados a la venta de ese día, para deleite, algarabía y despapaye de alumnos y maestros.

Eligio dedicó la última parte de su vida a hacer homenajes. Nos hace inmensamente felices que, en vida, fue posible hacerle uno muy pequeño pero significativo, al crear y publicar un producto inspirado en el maestro: los *Eleegios*, que son paletas con minicuentos de nuestro querido autor, que incluso fueron traducidos al francés y presentados en Canadá, en un evento de la Bibliothèque des Amériques y distribuidos en ferias del libro, por la Alianza Francesa.

Eligio era todo un personaje, como los de sus cuentos: personajes que etéreos, se materializaban en la narración de una manera diáfana, cotidiana, y conmovedora, para volver después a su incorporeidad y quedando plasmados para siempre en el papel, apelando a la reflexión y marcando al lector de manera significativa y memorable.

Así, a través de su legado literario, Eligio perdurará en la riqueza de su imaginación y la profundidad de su corazón cada vez que lo leamos.

* Poeta, editor de *Poetazos*. / Cuentista, CEO de *Poetazos*.

Carta sobre Eligio

Iván Gloria

Lo conocí en un extraño estado fraternal, aquel que suele dotar la docencia a quienes la profesan. Después de haber leído sus publicaciones como “La Hormiga Herrante” en mi época de secundaria, la cual me generaba un gran misterio y admiración, al notar aquellos anuncios en distintos medios que decían: “Se buscan autores”, instando a enviarle tus textos y poemas.

Cuando tuve contacto con el personalmente, ya era una leyenda: “El maestro Eligio Coronado”, me extendió su mano y se presentó hábilmente, en un ciclo de lecturas que si mal no recuerdo sucedieron en el extinto café Nuevo Brasil, donde me tocó compartir mesa con otros autores del estado. “Me gustan tus textos Iván, ¿qué te parece acudir a mi taller?”; invitación repentina que amablemente solía hacer a la mayoría de autores, ya sea principiantes o con algo de experiencia, sin ningún tipo de distinciones; a la que respondí asistiendo algunas veces. Su taller de creación literaria, al igual que la invitación, era de asistencia libre; sus participantes y alumnos eran muy variados: principiantes, una ama de casa, o alguien de renombre en esto de la poetada, al igual que las mesas de lectura, que organizaba donde me tocó compartir con Armando Alanís, Rosy Elizondo, Jaramillo, por decir algunos, sin restar importancia a los que no se nombran.

Era un hombre que le gustaba caminar mucho, hábito que compartimos y nos hizo coincidir en el transporte público, o en alguna caminata por el centro de Monterrey o San Nicolás, sin haberlo planeado, aderezando la espera del metro o el camión urbano con pláticas acerca de “Asimov”, personaje a quien me confesó que admiraba demasiado, tanto que tenía por ahí entre sus cosas una investigación y ensayo sobre él. Recuerdo que cuando nos tocaba separarnos en la ruta del transporte, su amable despedida era con un “nos vemos, Gloria; léete tal libro, ¿ya leíste aquél?; te veo en la próxima y hablamos sobre el libro”.

Cierta vez tuve un fuerte accidente

que me mantuvo incapacitado alrededor de ocho meses; el malaventurado accidente ocurrió semanas antes de la presentación de mi libro de poemas titulado *Milyunanocheido*.

Tal situación me tenía un poco triste, mas sin estar deprimido, ya que gracias a la incapacidad disfrutaba de un gran periodo de descanso en casa.

Una mañana me encontraba en mi hogar, navegando en internet en el sillón que había hecho de amigo a raíz del accidente, cuando escuché un “buenas tardes”, seguido de unos toquidos en el barandal de la entrada de la casa de mis papás, ruido que la verdad me incómodo, ya que aún no podía caminar, pues mis heridas aún no sanaban. Me paré con desgano y al acercarme a la puerta vi que era el Maestro Eligio, que llegaba con una bolsa de jugos y galletas; me cambió el día totalmente de un instante a otro, al ver una cara conocida y amable que me reconfortó. “Maestro, pásele por favor, disculpe que no pueda abrir; pero jale el pasador y pásele con confianza”, regresé a mi sillón y al entrar me dio la bolsa con víveres. De pronto se iluminó su cara diciendo: “Te tengo una sorpresa”; extendió sus brazos y me entregó algunos ejemplares del libro que me acababan de publicar y del cual se había cancelado la presentación. “Espero sean estos poemas de tu agrado”. Vaya sorpresa, aún no sé cómo averiguó mi dirección y agradezco el levantón de ánimo que significó su visita; me entregó aparte algunas de sus antologías dedicadas, como es costumbre (mismas que me robaron en el Beto’s, junto con otros libros de gran valor sentimental). Continuamos la tarde con una plática amena; se despidió con un “Luego organizamos otra presentación o varias, no te preocupes, Gloria; por lo pronto concéntrate en mejorar tu salud”.

Así era el Maestro Eligio, siempre modesto, en demasía, alegre y agradecido con el presente.

Hasta todo momento.

* Poeta y editor.

Recordado desde la literatura

Moisés Ayala

Si uno pone atención a las cosas que suceden a nuestro alrededor, nos damos cuenta que la literatura traspasa hacia la realidad. La Capilla Alfonsina me pareció un espacio kafkiano, y más en los lugares menos concurridos, donde había personas detrás de un escritorio, escritorios llenos de libros, por donde se asomaba Eligio Coronado como un burócrata más.

Estaba yo entonces en la Facultad de Organización Deportiva, y en la revista *Vida Universitaria* el taller de cuento breve con Genaro Huacal era publicitado. Ahí conocí a Juan Manuel Carreño, quien entonces conocía a muchos escritores en sus áreas de trabajo; serían la una y media o las dos (tuvo que ser porque a esa hora salía de mis clases) cuando lo vi entrar a

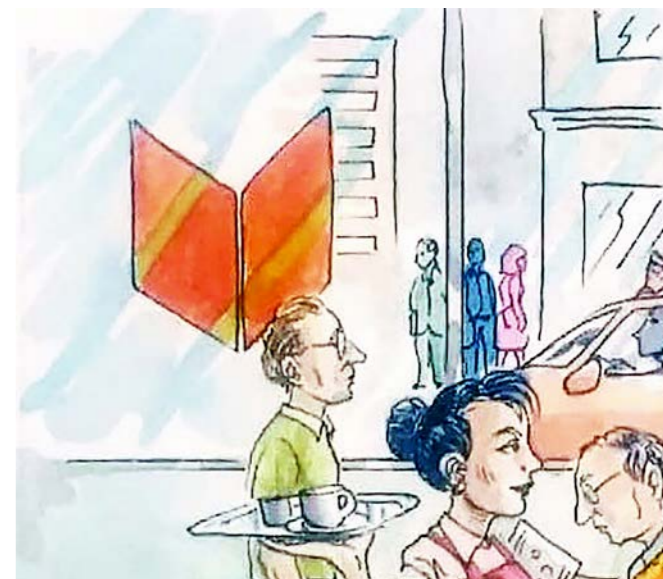
la biblioteca, fui detrás de él para saludarlo y me invitó a ir con “uno de los grandes escritores”; y en el trayecto me dijo que había hecho una antología de poetas de Nuevo León, que había tenido una revistita llamada *La hormiga herrante*, y que la mandaba hasta España.

Entramos a una zona no visitada comúnmente, un lugar no público, y a un escritorio lleno de libros con el personaje que me dibujaba Carreño. Saludando siempre muy tranquilo, amable y educado, con una personalidad total de maestro. No recuerdo específicamente la conversación de ese y los demás días que frecuenté ese lugar en busca de algún consejo sobre mis poemas, o sobre libros, o sobre la biblioteca, o sobre muchas cosas. Cuando

buscaba poemas sobre deporte me indicó que Píndaro tenía algunos. Cuando busqué información de poesía náhuatl me dijo en qué sala podría haber algo.

No lo visitaba tan frecuente, de hecho hubo un tiempo, años, que no lo vi, hasta que se jubiló y estuvo haciendo lecturas en el Café Brasil y coordinando talleres, ya jubilado de la Uni, lo cual se me hizo una labor muy valiosa.

En esos tiempos de cuando conocí a Eligio escuché de otro personaje de apellido Montes de Oca, que hacía talleres en las facultades de la Uni y que había gestionado dos libros llamados Gatos de Azotea, y en algunos casos cuestionable su labor.



Lo que se hace grandioso es fomentar la literatura, tener valor de dejar los egos y salir a las calles, a las instituciones a formar escritores, que si bien no serán los grandes maestros de la literatura, puede mejorar su situación de vida, porque el escritor te lleva a ser lector, por lo menos, de tu propia obra.

Eligio eligió ser promotor de literatura, a pesar de sus cuestionables entrevistas, de su infinita bondad a la hora de opinar sobre los textos ajenos, de no ser apoyado por las instituciones culturales, de recibir críticas muy duras, de caminar bajo el sol, la lluvia, el frío para llegar al evento que tenía programado. Eligio eligió ser recordado desde la literatura, desde las palabras, como lo estoy haciendo en este momento. Y deja un hueco que no podremos llenar si seguimos tratando sólo de alimentar el ego y no compartir lo que sabemos.

* Poeta y promotor cultural.



El señor de la playera a rayas (Acróstico)

Elegir palabras para describirte es difícil.
Le diste lo mejor de ti al entorno de las letras.
Imaginabas un mundo lleno de lectores y escritores.
Gustoso regalaste tu tiempo y nos dedicaste un espacio.
Idealizaste la vida a través de las palabras.
Orgullosos todos los que tuvimos el placer de coincidir contigo en esta tierra.

Cada corazón que tocaste te recordara siempre.
Olvidarte no se puede, tu legado te retiene y permanecerá.
Recordaremos con gratitud ese precioso regalo que nos diste: tiempo.
Otorgaste mucha valía a las letras.
No es fácil pasar página y resignarnos a que ya no estés presente.
A donde haya sido tu destino, tú sigue impulsándonos con tu luz.
De este mundo no te preocupes ya, seguiremos el camino que delimitaste.
Orgullosos todos los que tuvimos el placer de coincidir contigo en esta tierra.

Edilia Torres

No se necesitaba mucho tiempo para saber la grandeza de un hombre sencillo y genuino, que entregaba lo mejor de sí a sus compañeros y a los textos que por sus manos pasaban; así como el aporte literario que dejaste plasmado en tu extensa obra.

Por siempre en cada corazón de los que te conocimos, gracias.



Eligio eligió

Eligio eligió el artilugio de la lira poética para aliviar sus males espirituosos.
Eligio eligió la mórbida luna de la desesperanza para curar sus cuitas.
Eligio eligió el subterfugio de los versos, juglar triste, para cantar sus loas.
Eligio eligió el sonoro serruchar de los grillos para animar al mundo literario.
Eligio eligió el refugio de la soledad, rosas marchitas, para renacer en cada nueva encomienda literaria.
Eligio eligió el vocifugio de sus detractores para elevarse entre sus férreos hábitos de escribano.
Eligio eligió no tener interludios que irrumpieran su mágica tarea de reinventar mundos líricos.
Eligio eligió el ripio de los versos trashumantes para dignificarlos ante los castos oídos de la crítica.
Eligio eligió el intersticio de la cortesía para el diario contacto con sus prójimos.
Eligio eligió el subrepticio correr del arroyuelo para andar como niño por el mundo.
Eligio eligió la cantilena de la cigarra para redescubrir y contar el talento de otros escritores.
Eligio eligió el efluvio del silencio para desenmascarar las frases hirientes, las no dichas.
Eligio eligió el alejamiento de Dionisio y sus embriagadoras falsedades hirsutas.
Eligio eligió la tenue luz de la luciérnaga para imbuir a los demás la sencillez de su estirpe.
Eligio eligió el armisticio de la primavera para mostrar siempre lo mejor de sí mismo.
Eligio eligió el destierro del maleficio del odio con su camaradería a toda prueba.
Eligio eligió el sacrificio de sus horas y estancias para otorgarle un mejor rostro a la literatura norestense.
Eligio eligió el solsticio de su cálida sonrisa para celebrar la ingeniosa creatividad de sus expresiones.
Eligio eligió el diluvio de darse a los demás como clave secreta de su felicidad en esta tierra.
Eligio eligió el beneficio de ser selectivo para elegir a sus auténticos amigos, yo le quiero y admiro.
Eligio eligió la metalurgia heterogénea del espacio y el tiempo de las palabras para volverse eterno.

Tomás Corona

Los Sagitario se van de golpe y porrazo

Adriana Flores Tanguma

Al maestro Eligio Coronado lo conocí cuando escribí la reseña del libro *Historia e Histerias* (Antología de cuentos), del taller de mi maestra Patricia Laurent Kullick, en la Casa de la Cultura en 2011, en la cual elogió mi texto “Yo creí que era amor”. Una de mis compañeras, que después formaría parte de “Lloronas”, me hizo burla de que qué onda con él; y la verdad yo no lo conocía. Patricia me dijo que su opinión valía mucho; entonces lo busqué para darle las gracias, y desde ese momento me convertí en su alumna.

Él tenía su taller los sábados; ellos eran “Los Elegidos”, y yo en ese tiempo no podía acudir, porque los sábados cuidaba a mi padre. Cuando este falleció, el 1º de noviembre del 2014, para mí fue muy valioso llenar esos días sin su presencia con la de mis nuevos compañeros, gracias a su taller, que se realizaba en casa de Toño por avenida Cuauhtémoc. Allí conocí a Carlos Ayala, Adriana Cisneros, Claudia Aguilar y su esposo, Ana Bertha Casas, Nohé Portes, don Óscar Pedraza. Una vez fuimos a hacer el taller en casa de Claudia, para celebrar el cumpleaños de Carlos, y también tallereamos en la Feria del Libro, donde conocí a Carmen Domínguez. Gracias a ella fui parte de la *Antología del País de las Nubes* (Oaxaca, 2014) y participé junto a ella en el 2017.

Ese taller se deshizo y nos mudamos a una cafetería en el Barrio Antiguo. Por ese entonces el maestro Eligio presentaba una vez por semana a “Escritores en su tinta”, que después mutó a “Pájaros en el alambre”. Fueron ciclos maravillosos, de los cuales daba puntual reseña, aderezada con sus preguntas indiscretas, que dieron a conocer a muchos escritores más, como a Elia Martínez (de “Ivaginaria”), también a José Julio Llamas, a Carreño (que ya había visto mucho en la Casa de la Cultura), a Guillermo Gómez y su gran amigo don Andrés Pérez Sustaita; a Zacarías Jiménez, a doña Lucía Yépez, con su voz increíble. Esos ciclos también terminaron, incluso cerró el café Brasil y en su empeño de seguir trabajando y empujando a nuevos escritores el maestro fue cambiando de sede y de apoyo, que casi nunca fue remunerado ni agradecido lo suficiente.



Fue él quien me cuestionó por qué no usaba mi nombre para firmar mis textos. Y sus palabras me convencieron de hacerlo; hizo una revisión de lo que años después, con la ayuda de “Morgana” y “Ojos de Eva” sería mi primer libro: *La superficie de las horas*. También me ayudó a formar mi *Poetazo* “Casa Llena”, con Rafael Cárdenas Aldrete y su esposa Carmelita, eternos novios; gracias a su sugerencia, lo inscribí en el registro público de derechos de autor.

Los talleres por necesidad de clima se mudaron al desaparecido Vips de la calle Hidalgo. Batallamos con los meseros todos los sábados, porque eran muy pocos para tantas mesas. Allí conocí a Alejandro de León, al maestro Juventino, a Adriana Sepúlveda, a don Delfos, a Irmadorsky... Éramos una tribu que se hacía cada vez más grande, aparte de los Marcianos que venían desde La Fama; Idalia de León y su esposo Mauro López, una pareja de Guadalupe muy simpáticos. Alguna vez nos fuimos a la Feria del Libro y ahí conocí a Carmen Domínguez. Mucha gente apoyó al maestro Eligio en su camino, grabando su programa y transmitiéndolo cada sábado, como Carlos Ayala, Claudia Alanís, que venía desde Santiago, y después Benito Rosales. Esas grabaciones quedaron como testimonio de su modo amable y respetuoso de presentar a todos por igual, cediendo el micrófono para que leyeras tu obra o la de los demás, en sus homenajes que él merecía más que nadie por su esfuerzo constante.

Estoy eternamente agradecida por su apoyo invaluable y por su deliciosa plática. Buen y luminoso viaje, querido Eligio. Gracias por todo tu trabajo, por tu entusiasmo y entrega; creaste una comunidad inclusiva y respetuosa, como lo comentamos entre risas el pasado diciembre, celebrando nuestro mes de cumpleaños: “Los Sagitario se van de golpe y porrazo”. Que la muerte nos encuentre ocupados en lo que amamos y nos conceda irnos sin agonías ni tristezas. Creo que la vida generosa te concedió lo que hablamos y me alegra mucho saberlo, aunque la ausencia sea enorme y tu presencia imposible de sustituir, sobre todo los sábados.

Nunca dejen de escribir

Antonio Sánchez R.

Hace algunos años, un jueves por la noche, llegamos mi esposa Nora Nelly y yo al Nuevo Brasil. Ella había quedado de verse ahí con una persona que finalmente no llegó. Mientras yo saludaba a mi amigo Moani Compean Navarro, a quien tenía tiempo de no ver, mi esposa entró al área anexa del café, en la que casualmente se celebraba un evento literario. Se sentó a una mesa y casi de inmediato una persona se le acercó para preguntarle si era una de las que participarían en el evento. “No, el que escribe es mi marido”, le respondió.

Casi al momento llegué y enseguida me dice el tipo: “te voy a presentar con Eligio Coronado González, para que te programe en el ciclo de ‘Escritores en su tinta’”. Quien solicitó hacía esto era mi hoy gran amigo, mi hermano Jesús Garza Morúa. Para ese ciclo ya no había lugar, pero me aseguró que para el próximo estaría incluido. Desde entonces se estableció un vínculo de amistad muy fuerte entre Jesús, Eligio y yo.

Muy respetuoso Eligio, todo el tiempo me habló de “usted”, mientras él me dejó tutearlo y por más que le insistí en que me hablara de “tú”, nunca lo

hizo. Las letras eran su pasión y apoyar a quienes escriben, su misión; una misión que cumplió a cabalidad. Me colmó de elogios, no sé si inmerecidos y yo le puse en un pedestal, pues era en verdad un lugar que se merecía, por todo ese trabajo desinteresado que desarrollaba.

No titubeé cuando aceptó prologar “Tres locos y un café”, libro en el que compartimos espacios mis amigos Delfos Moyano, Nohé Portes y yo. A lo largo de los años no tuve de él más que atenciones y uno que otro regaño, porque me decía que ya era tiempo de que publicara mi siguiente libro, el cual hasta ahora sigue en espera.

El sábado 24 de junio me enteré de que mi amigo, mi maestro, mi consejero, ya no estará más con nosotros, pues el viernes 23 se nos había adelantado en el camino; decidió ir a esperarnos allá, en aquel lugar al que algún día acudiremos y en el que nos volveremos a encontrar.

Eligio escribió mucho y recibió poco. Eligio ayudó a muchos y muy pocos le ayudaron a él. Son muy pocos los promotores culturales que trabajan sin que exista algún interés de por medio; y Eligio era de esos. Nunca quiso un homenaje, se alejaba de las luces y de las

cámaras, trabajando prácticamente en el anonimato.

Pese a todas sus vicisitudes, a la magra economía personal, él siempre se mantenía sonriente y listo para darte el más acertado de los consejos. Quiero pensar que su libro “El hombre de la dicha perenne” no es otra cosa más que una especie de autorretrato, o una autobiografía.

De “Escritores en su tinta” a “Tiempo literario”, pasamos contemplando unos “Pájaros en el alambre”, seguidos de esos friolentos “Pájaros de invierno”, con un incansable Eligio Coronado que, a manera de arenga permanente nos decía, una y otra vez: “Nunca dejen de escribir”. A lo mejor le faltó decirnos que, si no dejamos de escribir, probablemente alguna día aprenderemos.

Espero que hayas tenido un feliz viaje, Maestro. Algún día, y espero que sea dentro de muchos años, nos volveremos a encontrar; y por lo pronto, resérvame un lugarcito ahí, a tu lado, para volver a entablar esas charlas tan amenas como las que tuve el privilegio de tener contigo.

Descansa en paz y que brille para ti la luz perpetua...



Nos enseñó a amar las letras

José Luis Bautista Gómez

Eligio fue más que un maestro, con su persona abarcó no solo lo literario, él siempre iba más allá, aprendimos al escucharlo hablar en presentaciones de libros, al hacer observaciones en un taller literario, presentando un programa sabatino o en la plática de un café.

Nos enseñó a amar las letras, a defenderlas, a difundirlas, a publicar, a prepararnos. El maestro Eligio siempre me motivó a leer mis textos al público, e incluso a publicarlos, tengo mucho que agradecerle. Mis primeros pasos por la escritura fueron con él, me acompañó

con la lectura de mis textos, escribió el prólogo de mi primer libro. Estoy seguro de que, así como estuvo conmigo, también hubo y existen muchas personas que gracias al maestro se atrevieron a dar el paso de publicar, ya que apoyaba igual y desinteresadamente a escritores emergentes y consolidados, dando la oportunidad de presentarse en espacios para dar a conocer sus obras. La primera vez que lo escuché fue en su programa "Tiempo literario", siempre evadía los aplausos a su persona. Sus cuentos, su poesía, su narrativa es casi imposible leerlos sin su característico tono de voz

Para siempre

*Las hojas guardan el tono de su voz,
el invierno clava poemas y cuentos
lo leerán los niños, los adultos, las personas apresuradas.
Sus pasos caminan por la calle Morelos.
En su andar se vislumbran textos que no morirán.
¿Por qué existe la sensación de que su nombre no era de aquí?
Siempre fue de todas partes,
de la página veinte en una palabra alegre
o de la cincuenta contando una historia,
vive en las grabaciones, en la memoria, en el papel.
Mariposas salen de sus manos y se posan
coronando un nombre: Eligio.*

*Hay un prólogo solo para él.
Lo escribimos todos los que lo conocimos.
Muchas gracias por todo maestro Eligio Coronado González.*

Un héroe cultural en territorio de carne asada

David Ricardo



Generoso y cercano como persona, y fiel a su vocación educadora, Eligio Coronado se dedicó a promover y a alentar la creatividad de autores poco conocidos, en lugar de limitarse a perseguir la vanagloria y rodearse de personalidades de la cultura establecidas y consagradas; su vocación como bibliotecario le impulsaba a ayudar a los jóvenes autores a ganar confianza y presentarse ante el público; también colaboró y supo reclutar la ayuda de pequeñas casas editoras.

El gusto mundial por la literatura de terror lo llevó a promover los premios ©Juan Francisco Benítez©, y el de ciencia ficción ©Ana Coztic©, iniciativa valerosa

debido a que México y América Latina no tienen una tradición arraigada en la escritura de este género, a pesar del gran interés que provoca; asimismo, coordinó el premio estatal de poesía ©Arturo Mariño©, por su mayor posibilidad de atraer a las mayorías no iniciadas en el gusto por la lectura.

La actividad de Eligio en la conformación de redes de colaboración, desarrollo y promoción literaria es un ejemplo a seguir; en una región con cultura *fast food* proveniente de los países del norte, necesitamos más impulsores, creadores y entusiastas de la creación literaria.

Terco, muy terco, Eligio insistió en

su labor cultural y educadora en un ambiente más influido por el espíritu antivasconcelista del filisteísmo obsesionado con el dinero, que en el norte de México ofrece y representa pocas alternativas de desarrollo cultural y educación de calidad, para crear el ambiente necesario de innovación y alta cultura que debe conformar la base pedagógica, incluso para las carreras universitarias de éxito.

No tenemos nada contra la carne asada, pero necesitamos también más entusiastas de las letras como Eligio Coronado.

“Es tiempo de leer a...”

Nancy Tamez

Tuve la fortuna de conocer a Eligio Coronado. Todo gracias a un mensaje de texto de Luis Lauro Garza, donde me pedía reseñar un pasaje sobre la obra de este autor regiomontano.

Eran casi las diez de la noche, mi mente ya no registraba bien las cosas, en comparación con el horario temprano de la jornada; aun así, decidí sentarme en mi mesa de trabajo para elaborar un avance del escrito prometido. Aproveché para darle una investigada extra al protagonista de esta historia. Fue entonces que tuve una especie de epifanía, misma que me instó a revisar de nuevo la misiva recibida. Se me bajó la sangre a los pies cuando vi que me pedían anexar al final de mi relato, alguna fotografía de mí junto a Eligio.

Decidí decir la verdad: “Buenas noches... Apenas me siento a releer tu mensaje. Ya estaba yo bien puesta para empezar mi manuscrito y voy viendo que buscabas a alguien que escribiera una nota sobre Eligio Coronado, pero alguien que lo conociera muy bien, a profundidad, de hace un buen tiempo. Que pudiera deleitarnos con cierto instante mágico vivido en común, por desgracia yo no tuve esa fortuna, la de tener trato directo con él. Supe, sí, de su persistente labor literaria, de su incansable promoción cultural, *La Hormiga Herrante* que jamás hizo distingos en absoluto con nadie en especial, o preferencias de índole ninguna.

“Te pido una disculpa, por no haber atendido debidamente este ‘pequeñísi-

mo detalle’. Me hubiera gustado decirte que le estreché la mano, aunque fuera una sola vez; o que coincidimos por ahí en alguna de sus tantísimas tertulias grupales en el Amor Amor Café, allá, en Padre Mier, frente a la Casa Universitaria del Libro, leyendo algo de prosa o poesía infinita. Mínimo haberle dicho: ‘¡Hola! ¿Qué tal, maestro Coronado? Y así, de esta manera por lo menos conocer su tono de voz. Pero no, por desgracia no fue así; peor aún, ya no lo será. Y sin embargo agradezco esta gentileza tuya por haber pensado en mí para describirlo. Por reunir, confiadamente, a dos poetas desconocidos entre sí (y que no se conocerán jamás) en tiempos diferentes, en diversos planos. Lo increíble es que finalmente hicimos contacto: Eligio Coronado y Nancy Tamez, todo gracias a un mensaje de texto.

“En fin, lo que haya yo investigado y redactado sobre él, sé que no le hará la debida justicia y el honor merecido; carecerá posiblemente de la verdadera y sensible calidez que, pienso yo, tú buscabas en alguien en particular y creíste encontrar en mí. De cualquier forma, mil gracias.

“Eligio sabe que estamos vivos, pero todo puede suceder. Morir es cosa de todos los días, por tal razón... no hay resentimientos”.

Y fue así que tuve la gran fortuna de conocer un poco más sobre Eligio Coronado. ¡Ah!, por cierto, del editor... también.

Venerables sean los mensajes de texto.

¡Hasta siempre!

Se levantaba antes que todos
Incluso, al sol le ganaba
y no sólo era por periodos
entusiasmo ¡nunca le faltaba!

Fue ejemplo de fuerza y voluntad
desde pequeño él siempre supo
que con persistencia y lealtad
formaría un gran grupo

Se movía a todos lados
bajo el sol, bajo diluvia
no le faltaban aliados
pues lo buscaba el que estudia

Paciente, como ninguno
y de lento caminar
no le importaba el ayuno
¡jamás se supo rajar!

Los que lo conocieron mejor
dicen que era un hombre diferente
un libre pensador
que impulsa al emergente

Todos coinciden en lo mismo
yo lo puedo constatar
y no era un espejismo
a leguas se podía notar

Hoy mi lamento es profundo
hombres como tú, no deberían morir
se necesitan en el mundo
para el arte difundir

Hasta siempre, Eligio Coronado
nunca te olvidaremos
gracias por tu legado
¡nosotros lo difundiremos!

Mary Guerra

Al Maestro con cariño...

Con una opresión en el pecho,
inevitable y dolorosa,
externo mi pesar...

Me despido del Maestro
el que nunca más se verá.

¿Cómo decirle adiós a quien saludaba sonriente,
con un apretón de manos y mirada jovial?

¿Cómo despedirme del poeta y caballero
que nunca dejó de trabajar

buscando escritores para entrevistarlos,
a quienes con deferencia trataba,

con la intensión única de sus letras exaltar...?

El luto llevaré interna y respetuosamente,
mirando hacia el plano sideral

lugar en el que posiblemente está.

Adiós le digo al amigo mío

...y de todo aquel que también le extrañará,

guardando en mi recóndito

el virtual abracillo fraternal.

Descanse en paz nuestro querido

y por siempre entrañable Maestro

“Eligio Coronado González”

Sonia Mayllend

El caballero de Las Letras

Ricardo Díaz

Eligio Coronado, todo un personaje que se extrañará en el paisaje de la literatura local. Cuando estaba al frente del CRIPIL, un día me manda un correo y me invita a leer mi obra en los ciclos que organizaba en el hoy extinto Café Brasil (el analizar ese micro cosmos merece un comentario aparte). Mi reacción primero fue de sorpresa y luego de agradecimiento, en un medio cultural, al menos en ese entonces hace 15 años, donde los creadores teníamos que mendigar actividades y espacios para poder compartir la obra propia; eso era como ver la luz de un faro en medio de la niebla y que te llevara a un puerto seguro.

Eligio ya había hecho su tarea, tenía una breve semblanza de un servidor y me recibió el día que me citó en el Café Brasil, como si me conociera de toda la vida, afable, respetuoso, no pidió nada a cambio, me indicó que leería junto a un poeta. En el evento leyó nuestras semblanzas y añadió algún dato chusco. Si alguien le pedía una oportunidad de leer, o alguna otra orientación, siempre estaba dispuesto.

En repetidas ocasiones me invitó a otros espacios, como en Gargantúas, cuando los Festivales San Millanos en la Noche de San Juan; la última actividad cuando participé, no la olvido, pues fue la trágica fecha cuando el incendio del Casino Royale; la ciudad estaba conmocionada y quienes leímos en el evento lo hicimos ante una audiencia no mayor de cinco personas, que eran otros escritores.

Luego mis actividades laborales me alejaron de la ciudad y de la vida literaria durante un tiempo. Ya no volví a tener contacto con Eligio, pero como la negación ante los eventos relacionados con pérdidas es un mecanismo de defensa del ser humano, en mi negación personal me rehusé a creer que él y otros personajes del mundillo literario han partido de esta vida. Espero encontrarlos en algún evento cultural, la feria del libro, o en la casa del libro de la UANL, por citar lo primero que me viene a la mente. Lo que me preocupa es que si en alguna ocasión los encuentro a todos juntos, será la certeza de que yo también ya cruce al otro lado.

* Narrador y promotor cultural.

Todavía resuenan su palabras en nuestros corazones

Mario Garza Elizondo

Me piden que escriba un poco sobre Eligio Coronado, sobre su obra impresa, pero como no la he leído completa, me tomaré la libertad de platicarles un poco sobre lo que Eligio nos dejó como legado; su obra es extensa, en la que destaca una antología de escritores de Nuevo León: *El hombre de la dicha perenne*, un libro sobre los Beatles, algunos *Poetazos*, etcétera; recuerdo que en una ocasión me platicó que tenía en sus archivos más de cuarenta libros listos para ser publicados, pero que no lo hacía por falta de presupuesto. No es difícil imaginar que eso era cierto y que la lista seguiría creciendo, conociendo su capacidad creadora, su disciplina, su cariño y respeto por las letras.

No me siento la persona indicada para hablar de su obra. Con todo el respeto que me merecen él y su legado literario, prefiero dejar eso a los más entendidos o arriesgados. Hablar de él es admirar su dinamismo, puntualidad y entusiasmo que contagiaba a todos; su amor por las letras era tal que a todos nos hacía pensar que escribir era la cosa más sencilla del mundo. Fue tan inquieto que gran parte de su vida impartió talleres de creación literaria, saliendo de estos muchos de los escritores importantes de Monterrey. Terminada su etapa como bibliotecario, ocupó gran parte de su tiempo en la revisión ortográfica y de estilo de muchos de los escritores que hoy tienen sus libros impresos.

Si me preguntas por sus libros, yo diría que son muchos, porque cuántos de los libros que se firman con otros nombres no pasaron por sus manos, corrigiéndolos, moldeándolos, puliéndolos, para que al final terminaran en manos de sus autores.

En su programa *Tiempo Literario* y en su columna de *15diario* entrevistó a una gran cantidad de autores; siempre me intrigó cómo le hacía para conseguir y contactar a tantos y tantos escritores, de quienes siempre tenía una semblanza y su palabra de aliento para seguir escribiendo y publicar su material. Era costumbre escucharle decir, al saludar: “buenos días, ¿para cuándo sale tu libro?”; o “¿cuándo publicas tu trabajo?”

Debemos recordarle a través de todos los prólogos, de todos los libros corregidos y editados; y muy especialmente a través de todos aquellos escritores que sin su insistencia seguirían guardando sus escritos en el librero o en el cajón de su buró. Ese es su legado que nos deja a todos los que le conocimos. Y todavía resuenan su palabras en nuestros corazones.

Lo alcanzó la muerte trabajando

Adriana Patricia Sepúlveda



En la biblioteca de la Universidad Autónoma de Nuevo León, se puede escuchar una voz que dice: “No se preocupen tanto”; y “Por favor, sigan escribiendo.” Sabemos en Monterrey de quién es esa voz, ya que hoy es el Día de Muertos y sentimos el inmenso vacío que nos deja la ausencia de un amigo tan esencial en nuestro gremio literario, en nuestros sueños.

Hoy le rendimos homenaje a un gran escritor y crítico, editor y traductor, poeta y dramaturgo, amigo y maestro: Eligio Coronado González, quien se inició en la escritura a los once años de edad y tuvo el mérito de recibir el Premio a las Artes de la UANL, así como otros premios en poesía, cuento y dramaturgia, y ver textos suyos traducidos al inglés, francés e italiano.

Eligio figura en la *Enciclopedia de México* y en el *Diccionario de Escritores Mexicanos*. Fue un promotor incansable de las letras de Nuevo León, y escribió 19 libros de diferentes géneros, entre los que figuran *Ecos desafiantes*, *Preludio de la eternidad*, *Umbral de esperanza*, *En la raíz del mito*, *Impenetrable autora*, *Puros cuentos*, *Manzanas de raíz láctea* y *Claro dominio*. Es autor también de *El hombre de la dicha perenne*, *Antología de la poesía nuevoleonense*, *Cuentos rápidos para lectores apresurados...* Destacan su escritura poética y la brevedad y el ingenio en sus cuentos. Fue, sobre todo, un gran defensor de las letras regias a través del suplemento literario *La hormiga herrante*, y presentaciones y lecturas en cafés de la ciudad.

El maestro Eligio nos ofreció sin cos-

to clases de literatura en el Vips de Hidalgo. Allí aprendimos de poesía, cuento, teatro, novela y crónica literaria, mientras él observaba y corregía nuestros textos y nos estimulaba a perder el miedo a escribir y a leer en público. También nos llevaba a ferias de libros y nos sugería lecturas para nuestra formación más sólida como nuevos escritores.

Hoy que el dolor nos ronda, pienso en el maestro Eligio Coronado y recuerdo el poema de Jaime Sabines: “Algo sobre la muerte del mayor Sabines”, con el deseo de regresar de la muerte a nuestro amigo. Pienso también en Carlos Fuentes y su obra *En esto creo*, donde afirma: “El pensamiento no muere. Sólo mide su tiempo. No hay palabra que no esté cargada de olvidos y memorias...”

Sabemos que lo escrito por don Eligio seguirá dialogando en el tiempo con las nuevas generaciones, que en sus líneas fluye y permanece el alma de Monterrey, que su legado sigue en nosotros y no habrá desmemoria que borre su papel en la vida cultural de este estado que tanto amó y a cuya literatura destinó su tiempo, su amor, su paciencia y su gran sabiduría.

Como diría Octavio Paz: “Dime cómo mueres y te diré quién eres”, ya que la muerte en su imaginario se revela como el espejo de la vida misma, y a nuestro maestro Eligio lo alcanzó la muerte trabajando y escribiendo cuando su corazón no pudo darnos más. Ya lo había dado todo en palabras y obras, en una sensibilidad que lo trasciende, porque sigue vivo en nuestros corazones.

Se solicita bibliotecario urbano

Jaime Palacios

Eligio desempeñaba un rol único. Aunque nuestro trato personal fue muy reciente, su nombre formaba, para mí, parte de la jerarquía literaria local desde hacía varias décadas. Un día me escribió con la confianza de quienes forman parte de una comunidad y me empezó a invitar a sus actividades, entrevistas escritas y en video.

Eligio entendió que las bibliotecas no terminan donde se acaban las salas y sus respectivas estanterías. Comprendió, además, que la verdadera biblioteca regional es una que se actualiza de forma continua y automática con cada nueva publicación, sea esta en libro, revista, suplemento, hojas sueltas o bardas. Que esa biblioteca la alimentamos todos ejerciendo el oficio y él, Eligio, debía ser quien la cuidara, enlistara, organizara y pusiera sus contenidos al alcance de los interesados (en caso de no haberlos, al menos para servir a la memoria).

Aparte de maestro, tallerista, escritor y promotor cultural, Eligio fue el bibliotecario de todos los que escribimos. El ojo autoobservante de la psique literaria regional fue el archivista paternal que nunca hizo distinciones al momento de acoger en su familia de letras a los autores de casa. Desempeñó un rol muy especial y ahora nos deja con una vacante, la de bibliotecario urbano (nuestro bibliotecario urbano).

Muchas gracias por todo, Eligio.

Para salvarnos de tu ausencia

Guillermo Berrones



Los poetas no mueren, migran a las mares cósmicas de un verso llevándose consigo la sonora sinfonía de sus palabras. Y nos dejan envueltos en la nostalgia apasionada de los recuerdos. Eligio Coronado se ha ido, como se fue Meléndez y Minerva y como hace mucho también partió Jorge Cantú. Vivimos para morir iguales, tal como escribió aquel poeta popular de Guanajuato. La muerte es un destino común imposterizable, pero cuando muere el poeta el vacío que deja es más profundo; la tristeza, adherida a los recuerdos, se convierte en un melancólico hito, una frontera que separa la eternidad de su obra, de la presencia momentánea vivida entre nosotros.

Eligio partió dejando el corazón en el teclado y su rostro apacible reposando sobre la hoja donde escribía los últimos suspiros de unos versos. Atrás quedaron las palabras con las que alentó a sus discípulos en sus talleres sabatinos. Lo padeció Benito, lo lamentaron las jóvenes voces que escucharon sus consejos de maestro poeta. En blanco quedó la columna de sus entrevistas en *15diario*. La conversación en La Escondida quedó como inventario de su experiencia literaria; comimos y bebimos y su charla fue un recuento y un recuerdo memorable de su obra, de la *Hormiga Herrante*, de su *Antología*, de sus *Manzanas de raíz láctea*, de su preferencia musical: Los Beatles.

Eligio, peregrino de los “ciber”, caminante urbano desde el despertar del día hasta el atardecer soleado de esta ciudad sedienta. Mueca sonriente de mirada tierna y preñada de bonhomía. Ya no estás y los amigos peregrinan en los homenajes que se te hacen como tratando de retenerte para salvarte del olvido y para salvarse de tu ausencia.

No, los poetas no mueren como muere el día, sus voces se eternizan en una estela de luz infinita que habremos de seguir entre los versos que escribiste. Y te recordaremos siempre como el mejor de los amigos.

Una sola copa por Eligio, es imposible...

Arturo Mariño

Cual sucede en este país surrealista, donde ya no muere la gente, sino que sencillamente desaparece la gente buena. Así, sin despedidas, de repente: desapareció. Nunca lo tuteé, sino hasta ahora que quedó en el aire. Hoy no basta una sola copa para distraer este luto, aunque sea por un rato. Padrino mágico, respetado y también (paradójicamente) menospreciado, sacabas escritores de tu chistera. Así... ¡abracadabra! , tus superpoderes nos dotaron de visibilidad; fuiste el único lector de muchos de nosotros, anónimos bichos parlantes.

Guardo un par de prólogos de tu generosidad para con mis hijos, que quizás no se logren; mereces todos los honores y los premios negados, los brindis, los aplausos y las lágrimas todas.

Ya no verás surgir de tus legionarios enjambres al Nobel y al Cervantes; no podrás, pero un día serán mariposas que hoy abandonas en orugas. Inolvidable Eligio, único e irrepetible, tal vez finges y nos rondarás (quiero creer); y es que deveras, no bastará una sola copa. No. ¡Salud!

Canciones de trova para Eligio

De luto un manto de sombrillas se extiende más allá de la lluvia de llantos en los llanos. “El día más importante de tu existencia fue el de tu muerte”, dice aquella canción de trova. “El Elegido”, te nombra otra canción; Eligio y el último sábado se detiene con tu ausencia, fotografías de pájaros en los alambres en que harás falta; ya serás Eligio, el legendario. Monstruo que se escapó del Monstera hacía su cita final. Monstruo bueno que se negaba a los homenajes, pero que ya no podrá impedir las fanfarrias que tampoco escuchará. La muerte nos revela su altura de varios pisos. Monstruo que no esperaba terminar sino más libros, libros de otros. Legioneros de fanáticos recién nacidos con su muerte. La historia te pondrá “junto a los elegidos, los que no caben en la muerte”, dice la misma citada canción de trova. . .

A quien corresponda

Ana Sáenz

¿Podrías imaginar leer un libro y no poder retroceder? Algo así es la vida, algo así sucede con esas personas de carácter genuino, que un día pasan a ser eternas...

Recuerdo haber desaparecido un poco de redes sociales; entonces alguien me escribe que el Maestro Eligio Coronado González había fallecido; yo, la más ingenua, torpe y soñadora de sus aprendices solo recuerdo buscar desesperada alguna dirección sin suerte.

Miré el chat para sentirlo cerca, mientras desvanecían las letras frente al monitor, derritiendo inevitablemente mis pupilas de las cuales solo podrían brotar perlas; y en mi desconsuelo no logré precisar con claridad lo que estaba sucediendo. Porque teníamos planeado tallerear en el café y reunimos entre poetas, filósofos, gente rota, gente feliz, poetas urbanos, porque él era así, liderando sin liderar, libre de prejuicios, detonando el potencial de cada uno, y cada uno admirándolo por ser tan él, sin imponerse jamás.

Desde que llegué a Nuevo León, nadie me había apoyado e impulsado tanto a construir lectura, estudiar y compartir mis letras como el Maestro Eligio. Su gentil modo de hacernos sentir en familia era un imán para quienes lo teníamos como consejero, tutor, amigo y guía.

Ahora pienso que muchos nos sentimos algo perdidos sin él; y así como una vez compartimos el amor por la lectura, hoy estamos aquí compartiendo el mismo dolor de la pena que nos embarga en nuestro interior por su ausencia.

* Poeta y artista visual.

Muy agradecida con él

Martha Cruz

En varias ocasiones escuché a algunos escritores que decían que iban a leer en la Galería Regia o en el Café Monstera, entre otros espacios, invitados por Eligio Coronado González.

Me llamó mucho la atención, pues yo deseaba también ser invitada por el maestro Eligio. Pero cómo hacerlo, lo conocía de nombre, ya que Julio

C. Méndez, mi esposo, en ocasiones lo mencionaba, pero no en persona.

Hasta que un día lo busqué por Facebook y le envié un mensaje: “Maestro Eligio, soy Martha Cruz Ávila, tal vez el nombre no le dirá nada. Soy esposa de Julio C. Méndez, he escuchado de su taller y estoy sumamente interesada en ingresar, siempre y cuando usted me acepte y me diga cuáles son los requisitos”. Envié el mensaje y esperé a que pudiera contestar o ignorar.

Al día siguiente me contestó: “Claro que la voy a recibir, no hay requisitos, sólo que le guste escribir”. Me mandó la ubicación del lugar donde se ponían a tallerear los textos. “La espero el próximo sábado a las seis de la tarde, en el Vips que le mencioné. Salúdeme a su esposo y espero que él pueda venir para saludarlo, pues tengo tiempo que no lo veo”.

Así que el sábado me fui al taller y él me presentó con los talleristas que se encontraban en ese momento; y me preguntó que si había escrito algo; respondí que sí, y que llevaba algunos de mis escritos; entonces dijo: “Muy bien, los va a leer para que los demás den sus opiniones”. Se terminó el taller y me dijo: “Para el próximo sábado me trae todos los textos que tiene”. Así lo hice y después se los llevó para revisarlos.

Posteriormente me envié un mensaje donde me indicaba: “Con estos textos ya puede usted sacar un libro”. “¿Está seguro, maestro? ¿Le gustan los textos?” “Claro que sí”, contestó. No quitó el dedo del renglón hasta que saqué mi primer libro: *Relatos de mi padre y otros cuentos*, que se publicó en 2018.

No podía creer que iba a publicar, me sentía insegura, pero lo hice, porque el maestro Eligio me brindó ese apoyo y confianza que tanto necesitaba. Él escribió el prólogo y lo presentamos en diferentes espacios culturales.

Después vino la pandemia. Ya no podía ir al taller por la situación que todos conocemos. Un día me arriesgué y fui al Café Monstera, al programa “Tiempo Literario” de Eligio Coronado.

Al maestro le dio gusto de verme y me preguntó que cuándo iba a sacar otro libro. Le dije que pronto, pero necesitaba que me revisara mis textos, y me dijera si servían. “Mándemelos por correo”. Se los envié, y luego me los regresó con algunos comentarios; y me dijo: “Vamos a sacar el libro y aquí le mando el prólogo”.

Él supo que el libro *Ecos de la Pandemia* estaba por aparecer. Se terminó de imprimir en el mes de mayo de 2023. Se presentó el miércoles 28 de junio, en Miércoles Literarios de la “Casa de la Cultura”; y ya no pudo asistir, como tampoco pudo presentarlo el 8 de julio en el Café-Bar Monstera.

Estoy muy agradecida con el Maestro Eligio Coronado González, por el apoyo que siempre me brindó y por ayudarme a superar mis inseguridades.

¿Cómo lo conocí?

Julio César Méndez

Conocí a Eligio en los primeros años de la década de 1990, porque él se lo propuso.

Entonces yo dudaba mucho o quizá estaba seguro de no ser escritor. Gracias a Eligio dudé menos. Eran tiempos difíciles para mí, que no creía merecer el título de escritor, lo cual lo discutía con Mario Anteo, quien nos preguntaba a los Mancusprios: “¿Qué se necesita para ser escritor? ¿Quién o quiénes de nosotros somos escritores y quiénes no?”

Total que yo me sentía muy inseguro y fue entonces, a principios de la década de 1990, cuando lo conocí de la siguiente manera: Fui a la Capilla Alfonsina, donde trabajaba Eligio, sin saber que ahí trabajaba un escritor. Y menos que me estuviera “cachando”.

Yo iba a consultar periódicos atrasados de *El Porvenir*. Me registré con mi nombre en una oficinita de recepción. Solicité *El Porvenir* de cierto mes y año. Estaban encuadrados al tamaño normal de una página completa del periódico y desdoblado o abierto parecía un librote enorme (dos páginas de *El Porvenir* o *El Norte*).

Ahí estuve consultando noticias viejas, sin saber que Eligio me tenía preparada una sorpresa. Cerré el librote aquel y de inmediato, Eligio, quien sin duda me estaba “cachando” para que no me fuera a ir así nomás, se acercó a mí y me preguntó:

–Disculpe, ¿usted es el escritor Julio César Méndez?

Grande fue mi sorpresa y seguramente sonreí cuando le contesté:

–Bueno, sí soy Julio César Méndez, pero eso de ser escritor, está por verse.

–Claro que es escritor –insistió Eligio–, ya le publicaron en *El Porvenir*, en el mejor suplemento cultural del estado, el *Aquí Vamos*; y también le publicaron en la excelente revista *Coloquio*. Claro que es escritor.

Eso fue algo que nunca pude olvidar. Eligio se comportó como siempre, dando ánimos a los principiantes, y yo todavía se lo agradezco.

Homenaje

René Rojas

A mediados de 2019, Eligio Coronado me propuso hacerme un homenaje; me negué y él insistió. Volvió a insistir y yo me volví a negar. Me preguntó:

–¿Por qué no quieres?

–No lo merezco –contesté.

–¿Por qué no? –insistió.

–Este... pues... no tengo premios.

–Los premios son meros accesorios.

–Está bien –acepté–, nada más no le pongas la palabra “homenaje”; pónle “Lectura de amigos de René”.

Estuvo de acuerdo.

Escribí veinte textos a mano en hojas de máquina y los decoré con acuarelas.

El día del evento recibí un correo electrónico que decía: Hoy, hoy, hoy es el HOMENAJE A RENÉ ROJAS SANTANA en LA REGIA 8 PM. ¡Todos bienvenidos!

Ya no dije nada.

El evento fue el 14 de noviembre de 2019 en la Galería Regia del barrio antiguo. En una pared puse un cordón y con pinzas de la ropa colgué los textos y la gente fue pasando, tomaba un texto, lo leía y hacía un comentario.

Asistieron: Julio César Méndez, Martha Cruz, José Luis Garza, José Julio Llanas, Dany Cooper, Irma Graciela Castilleja, Arturo Mariño, Bertha Mónica Treviño, Edgar Viramontes, Ricky Rojas, entre otros.

Ricky Rojas corrió como puma de una sala a otra, mi hijo Alexis y su amigo Fer tocaron la guitarra al final del evento, mientras los asistentes disfrutaban de unos taquitos de harina y un champurrado que llevó mi esposa.

* Poeta, actor y promotor de la lectura.

Guardián de las letras

Eli Sandat

El Maestro Eligio me invitó aquel 28 de marzo de 2019 a leer algunos textos de mi autoría. Ese día se presentaban: Do Sampaio, Ivalisse Perales y Manuel Marroquín. Fue una noche maravillosa, donde se compartieron textos; posteriormente conocí el taller de “los Eligios”. Llegó el 2020 y con este la pandemia, y ya no hubo reuniones. Me aislé, como la mayoría, pero el Maestro siempre al pendiente de la salud de sus alumnos durante ese año.

Ha sido difícil asimilar su ausencia, la de un gran promotor de las letras. Cómo olvidar su programa “Tiempo literario” de todos los sábados, donde participaban escritores de renombre, como aquellos que iban comenzando apenas a enrolarse en esto de las letras. Era magnífico saber que había un espacio donde a uno le abrían las puertas para expresarse libremente. Escribo el siguiente texto, con gran afecto a Eligio.

(Sin título)

En el jardín de las letras
Los Eligios hacen reverencia.
El recuerdo se queda...
la ausencia pesa
y el llanto no basta
quizá quedamos en orfandad.
Eligio, ¿a dónde vas?
En viaje infinito
se nace
se trasciende...
Hasta pronto
Eligio, Guardián de las letras

Ejemplo de tenacidad

Claudia Mahuad

Tuve la dicha de conocer al maestro Eligio un mes antes de que falleciera. Un día recibí un mensaje de él con las preguntas de una entrevista para el *15diario.com*. Me sorprendió mucho que quisiera hacerme una entrevista, pues tenía tan poco de haber publicado mis libros, así que me sentí muy honrada de que me tomara en cuenta.

Publicó la entrevista y a los pocos días me escribió para entrevistarme en su programa “Tiempo Literario”, donde tuve la oportunidad de verlo y platicar con él.

En el poco tiempo que lo conocí, aprendí mucho de él como escritor y como persona. Me gusta leer sus poemas y textos en los que habla de la muerte de forma tan natural, y con ese aire de humor y a la vez, misterio.

Me encanta que veía lo mejor de cada uno de nosotros, que no hacía distinciones con nadie, todos teníamos la oportunidad de aprender de él y de acompañarlo en su programa.

Eligio Coronado era un incansable promotor de la literatura.

Amable, entusiasta y muy respetuoso. Trabajó hasta el final en lo que le gustaba, dejándonos un gran ejemplo de tenacidad, compromiso y pasión por las letras.

El maestro Eligio tuvo un gran impacto en mí.

–Él fue el primero en hacerme una entrevista.

–Me motivó a leer más a escritores locales.

–Me mostró cómo actúa una persona cuando está interesada en promover y apoyar a los demás.

–Aprendí de su humildad y su generosidad.

Sin duda, su labor, disciplina y legado siguen aquí.

¿Qué mató a Eligio?

Aidé Cavazos González

Con mucho cariño y respeto a nuestro incomparable amigo y hermano mayor de las letras en Nuevo León, Eligio Coronado González.

¿Qué mató a Eligio? ¿Lo mató un golpe de calor? No, fue un golpe sí, pero duro y certero al corazón. La huesuda lo sorprendió trabajando, en lo suyo, las letras.

Todos los días mandaba avisos: de lecturas, entrevistas, presentaciones de libros y más y más y más.

Pero el aviso que debía mandarnos, nunca llegó.

Qué bonita muerte, dirán algunos, sin sufrir. Más bien, sin hacer sufrir.

La muerte de los justos, dirán otros. Más bien, la muerte de los desamparados.

Para qué quejarse si al fin y al cabo será igual.

Con la modestia que le caracterizaba, era de esperarse. Ciegos nosotros, sus amigos.

Hasta siempre, querido Eligio. Gracias por ser tú, único e irrepetible.

Espíritu literario

Hablar de Eligio Coronado despierta ese espíritu literario que llevo en mi corazón.

Me recuerda lo necesario que es escribir nuestro sentir al paso del tiempo.

Donde el amor al arte es la fuente de energía y nuestro pensamiento miles de estrellas infinitas.

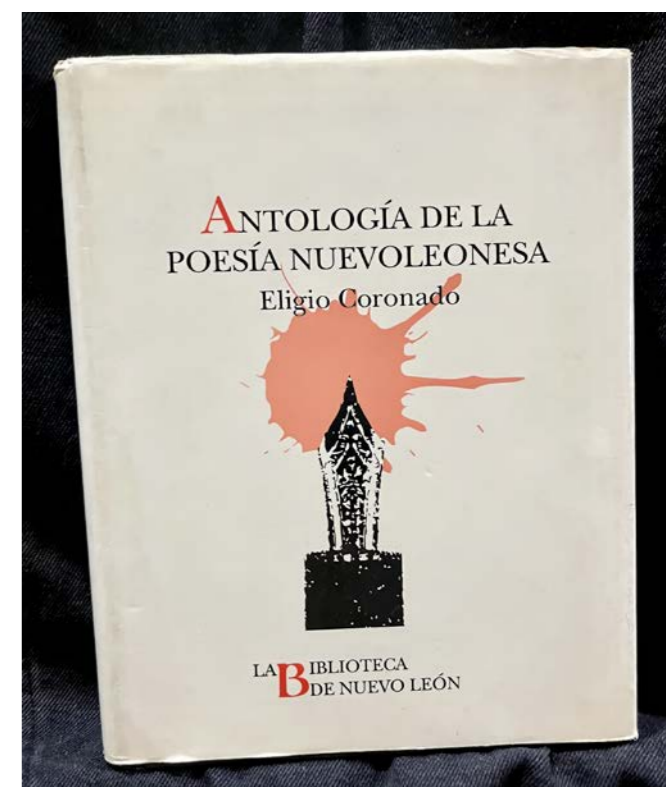
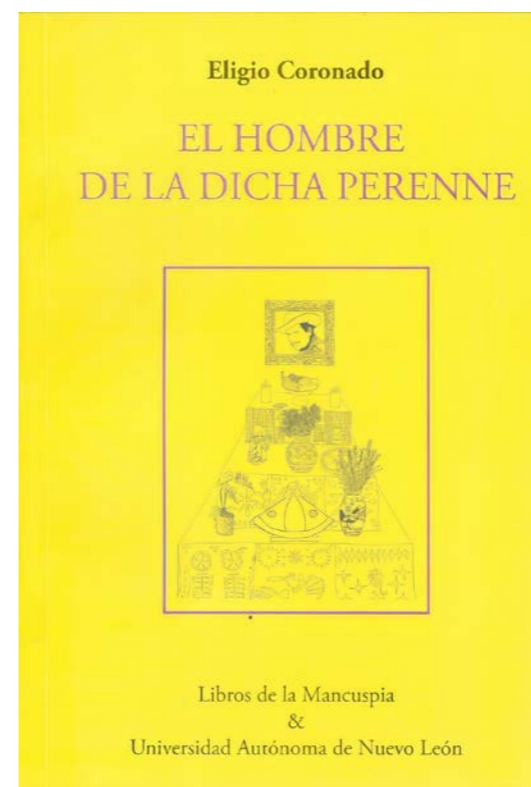
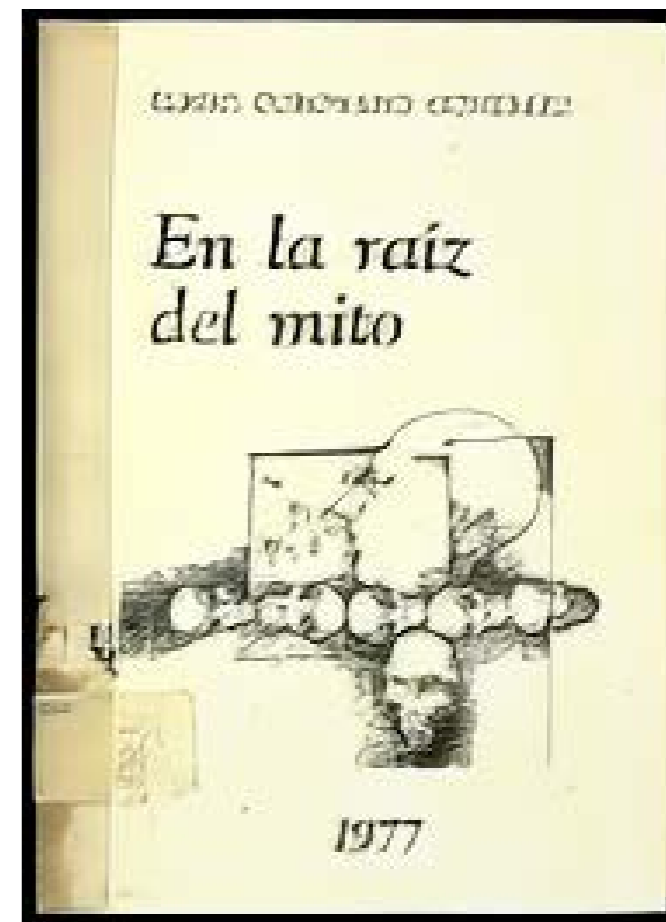
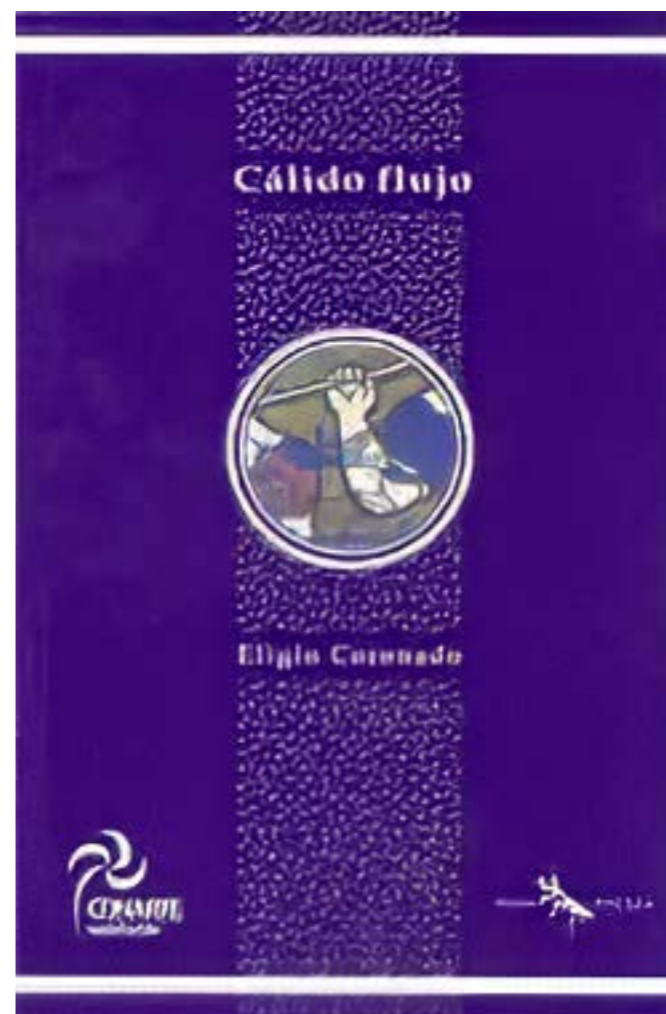
Ramona Torres

Su bonhomía y carisma

Federico Ortiz-Moreno

El maestro Eligio fue una persona que siempre se preocupó por apoyar a los escritores, jóvenes y no tan jóvenes. Siempre tuvo palabras de aliento para todos y abrió espacios para ellos a través de charlas de café. Se le recordará por su bonhomía y su carisma.

Un gran abrazo para él allá en el cielo.



Se me están yendo mis amigos

Se me están yendo mis amigos,
esos que me acompañaban,
esos que fueron testigos,
esos que siempre apoyaban,
esos que daban cariño.
Se me están yendo mis amigos,
se me van al más allá, y si hay cielo,
se los juro, en ese lugar han de estar
y esperan a que yo llegue
para volver a conversar.
Se me están yendo mis amigos,
pronto los voy a alcanzar,
pues el correr de los tiempos,
así lo marca, no es azar.
Se me están yendo mis amigos,
esos que me acompañaban,
esos que fueron testigos,
esos que siempre apoyaban,
esos que daban cariño.

Despedida

Para Eligio Coronado González

Cómo se extrañará amigo,
tu presencia en mi vivir,
¿quién será el fiel testigo,
de mi aprender a escribir?
¿Quién revisará mis letras?,
¿quién me dará ese aliento?,
¿quién me trazará las metas?,
¿quién alentará mi intento?
Hoy todos te alaban,
hoy al perderte vieron,
lo necesitados que estaban,
y que de tu mano escribieron.
Te deseo un buen viaje,
sin dolores ni tormentos,
que en tu maleta el bagaje,
fue de ayudas y de aciertos.

Delfos Moyano González

Poemas del Maestro

Maricela Gámez Elizondo (Maga)

Conocí al Maestro Eligio Coronado apenas el mes de octubre pasado. Nuestra amistad fue corta en el tiempo, pero enorme en el entendimiento, en las coincidencias de intereses. Quizá por ser casi de la misma edad (él era dos años menor que yo), pudimos hacer remembranzas de nuestras épocas de adolescentes, sobre todo de la música de The Beatles, de la que era fanático, con pasión especial por John Lennon (yo le decía que mi favorito era Paul). En mi vejez, había yo encontrado al fin un alma gemela.

De su obra, sorprendente y extensa, me enamoré de sus maravillosos Espirituarios. Le declaré mi admiración por estas joyas, pequeñas en tamaño pero enormes en contenido y reflexiones, con un poema que era una especie de divertimento. Mi poema decía así, relacionando su amor por los Beatles:

Última voluntad

*Cuando muera soñando que sueño
Que sepulsen mi cuerpo en la tierra
De un campo de fresas por siempre
Y que Eligio me nombre en un cuento
de una página en su Espirituario.*

El Maestro se nos adelantó, pero me dejó un regalo anticipado de incluirme como personaje en uno de sus Espirituarios, compartiendo nuestro amor por Borges.

Maga y Borges (Eligio Coronado)

*Maga tiene una relación con Borges: lo mira cada día en el espejo. Él la mira también y le pregunta:
— ¿Qué hace usted en mi espacio?
Ella contesta que es su casa y que él la está invadiendo. Él se disculpa:
— Es que estoy muerto y viajo en los espejos. Estos*

*son infinitos y nos dan la ilusión de que viajamos. Es como un laberinto del cual nunca se sale. La clave, claro está, es matar al minotauro, pero nunca lo he visto. ¿Ha visto usted alguno?
— No, nunca he visto un minotauro.
— Si llega a ver alguno, ¿me avisa?
— Que me desgarre un tigre si no.
— Seguro se ha marchado, harto de tanto encierro milenario —suspira resignado el alephiano.
— Afortunado usted —reprocha Maga—, a quien sólo le basta matar un minotauro para escapar, pero a nosotros, ¿quién nos libera de su insólito universo de palabras?*

Regalé al Maestro un libro con la *Poesía Completa* de Borges. No quería aceptarlo, como nunca aceptaba ningún regalo, pero su pasión por el poeta volvía indeclinable el obsequio. Me agradeció con lo que él sabía hacer mejor: me escribió el siguiente poema.

El río

Para Maricela Gámez Elizondo

*Maga me ha regalado un río,
un río laberíntico e intemporal,
pleno de espejos mitológicos
donde voraces tigres trazan
universos de sangre en azarosos cuellos
de víctimas inermes
que, como yo,
iluso y badulaque,
allanaron las deslumbrantes
aguas de este río borgeano.*

Eligio Coronado
(Marzo 4, 2023.)

Guardo estos poemas como tesoros que son. He sido gratificada porque un poeta me ha dedicado versos sorprendentes. Incluyo dos poemas premonitorios, escritos pocas semanas de que partiera. Ignoro si son los últimos que él haya escrito.

Maga no me habla

*Maga me ve,
pero no me habla*

*porque no puede hacerlo.
Los tiempos han cambiado
y ya no existo
en ninguna realidad.
Por eso ella me ve,
pero no me habla
porque estoy muerto
y su lenguaje
no cruza ya la aduana
de mi nuevo universo
por eso ella me ve
y acoraza
su pena
en el silencio.*

Eligio Coronado
(Marzo 18, 2023.)

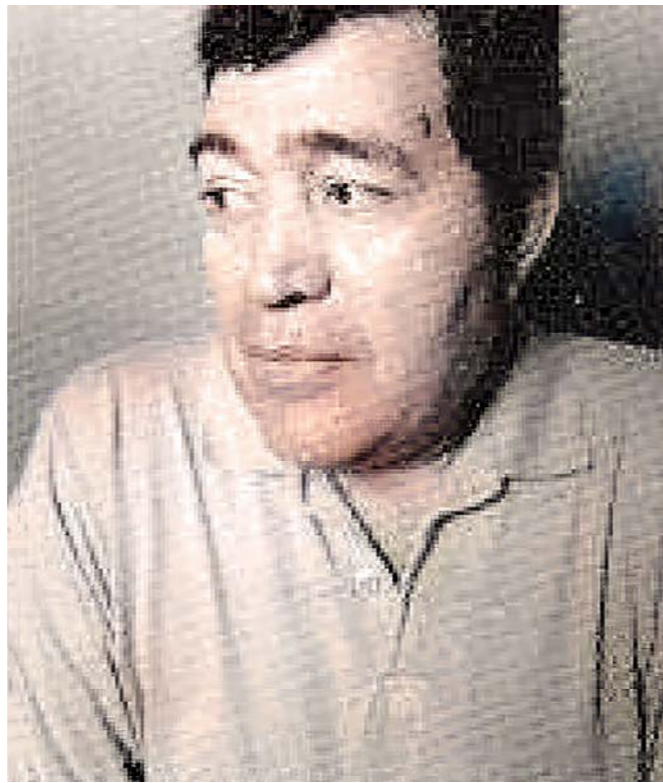
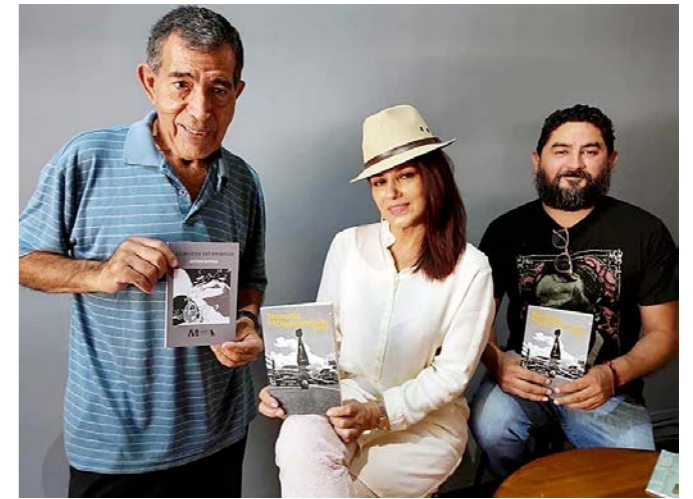
Y este poema-epitafio.

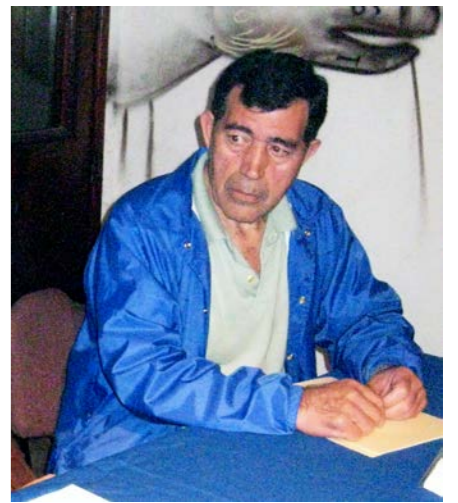
Habitaré el silencio

Para Maricela Gámez Elizondo

*Cuando muera,
otro será mi reino:
el invisible
territorio del aire,
un reino sin confines,
solitario,
desierto,
y habitaré el silencio,
condenado
al olvido,
estocada final
de cuanto he sido.*

Hasta luego, Maestro. Un abrazo hasta donde haya ido usted a tejer con sus palabras nuevas historias y sorprendentes poemas. Como lo dijo usted mismo en su libro "Dar la palabra", presagiando posiblemente el momento de su partida: "Llegó la muerte, y yo seguí escribiendo, porque no es conveniente dejar un texto a medias".







Última colaboración de Eligio en 15diario.com

El miércoles 21 de junio, apareció en nuestro diario digital la que sería la última de sus innumerables entrevistas. El autor seleccionado para esa ocasión fue Mario Garza Elizondo. Puede verse en la siguiente liga: <http://www.15diario.com/hombres-que-escriben-en-nuevo-león-entrevista-con-mario-garza-elizondo-eligio-coronado.html>

La Q

Luis Lauro Garza
Charla con:
Eli Sandat, Jaime Arreola e invitados

Maestro Eligio Coronado

Lunes 26 junio 18:00 h

Desde Monterrey, Nuevo León, México

La Q 15diario TV

Foto: Guillermo Bertrons

Homenaje a Eligio en 15diario TV (La Q)

Y al vuelo, el lunes 26 de junio, organizamos un homenaje al poeta desaparecido, entre amigos, en nuestro canal de TV. El cual puede verse en la siguiente liga: <https://www.youtube.com/watch?v=dtsQBFkvXF8>



Nuestro nuevo sitio en construcción:
<http://laq.com.mx/>

UANL FCFM

LIDERES EN TURISMO CIENTÍFICO

Premio
"Excelencias Turísticas"

Feria Internacional
de Turismo de Madrid 2023



UANL



1933 UANL 2023